

Universidad Nacional de Quilmes  
Departamento de Ciencias Sociales  
Licenciatura en Ciencias Sociales

## **TESINA**

### **Entre el don y el ventajeo**

Motivaciones, prácticas y relaciones alrededor de usos de  
drogas ilegalizadas. Una etnografía en un barrio del  
conurbano bonaerense durante 2017 y 2018

Autor: Jeremías Zapata

Director: Esteban Rodríguez Alzueta

Voces, sólo voces como ecos, como atroces chistes sin gracia.

Hace mucho tiempo escucho voces y ni una palabra.

Y mis ojos maltratados se refugian en la nada,  
y se cansan de ver un montón de caras y ni una mirada.

Una nueva noche fría en el barrio, los tranzas se llenan los bolsillos.

Las calles son nuestras aunque el tiempo diga lo contrario.

Y los sueños no soñados ya se amargan la garganta y se callan,  
y eso casi siempre o siempre les encanta.

Van quedando pocas sonrisas, prisioneros de esta cárcel de tiza.

Se apagó el sentido, se encendió el silencio de misa.

Menos horas en la vida, más respuestas a una causa perdida,  
de por qué los sentimientos vuelven con el día.

Solo como un pájaro que vuela en la noche libre de vos, pero no de mi.

Vacío como el sueño de una gorra, lleno de nada, sin saber dónde ir.

Duro como un muerto en su tumba que murió de miedo por el valor de vivir

Las nubes no son de algodones y las depresiones son maldiciones.

Te va distraendo, te enrosca, te lleva y te come.

Te lastima y no perdona, y en algún lugar te roba la cara, la sonrisa, la esperanza, la fe en las  
personas.

**Callejeros,** *Una nueva noche fría*

## ÍNDICE

Introducción	3
Capítulo 1	
Presupuestos metodológicos y conceptuales	
Estado del arte	10
Metodología	11
Enfoque conceptual	16
Capítulo 2	
El Barrio	
“Te tomás el colectivo y te baja la policía”	20
“Salís para no tener problemas en tu casa, pero tenés otros problemas”	22
“Te sale más barato quedarte y te la pegás en el barrio”	23
Capítulo 3	
El Don	
“Siempre que tiene se porta el loco”	26
“Me crucé al pibe éste”	27
“Algún favor después le sacás”	29
“Sé que en abril el chabón tiene flores”	31
“Sacame la careta, chabón”	32
“¿Tenés la nota?”	33
“Agarré el único faso que tenía y se lo llevé a la casa”	34
“Estaba cargoso el chabón”	35
“Agarrate una, pega una banda esto”	37
“Hacé un cambiaso y fue”	38
“Nos convidamos entre nosotros”	40
“Yo me voy a encerrar un rato”	43
“Uno para vos y otro para mí”	47
“Se sumaron un par que no pusieron nada”	48
“Pongo eso que a mí me acaban de dar”	51

Capítulo 4	
El Ventajeo	
“No te juntes ahí, son re larvas”	53
“Vos ya me cagaste un par de veces”	54
“Algo siempre se me ocurre”	58
“Hacés negocio”	60
“Este no viene, me cagó”	62
“Tírenme unos pases cada uno, loco”	67
“Vos siempre te tenés que ir cuando agarrás lo tuyo”	69
Palabras finales	73
Anexo	
Glosario	77
Fotografías	80
Bibliografía	86

## Introducción

En principio, el tema que estaba trabajando en el espacio de investigación y extensión del cual formo parte, en diferentes ponencias en jornadas de investigación y en el Seminario de Investigación destinado a elaborar adelantos de la tesina, tenía que ver estrictamente con hostigamiento policial, pero en los últimos meses de 2018 decidí poner la atención en prácticas sociales que giran en torno a usos de drogas ilegalizadas.

Como dije recién, la decisión de trabajar el tema de la tesina es relativamente reciente, pero lo cierto es que los usos de drogas ilegalizadas hace años que llama mi atención. De hecho, este tipo de trabajos suelen ser parte de mis preferencias, sobre todo los etnográficos. Así, el primer cuatrimestre de 2014, en el que cursé la materia Antropología, fue un momento de quiebre. Allí, tuve acceso a la introducción del libro de Howard Becker en el que estudia las formas en que el consumo de marihuana es socialmente aprendido y sus usuarios etiquetados como “desviados”, me refiero a *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Luego, ese mismo año compré el libro y lo leí entero, interiorizándome más en el tema.

De este modo, los trabajos etnográficos sobre delitos, sociabilidades en los barrios de las periferias urbanas y usos de drogas ilegalizadas fueron de mi interés. Además, en el primer cuatrimestre de 2017 cursé la materia Etnografía, en donde era central leer completo el libro *En Busca del Respeto. Vendiendo crack en Harlem*, de Philippe Bourgois. Este trabajo no sólo fue leído por mí como la posibilidad de comprender las circunstancias estructurales en las que se encontraban los descendientes de puertorriqueños en el barrio de Harlem entre mediados y finales de los 80, y qué formas de reproducción y resistencia éstos llevaban a cabo, sino que además, y sobre todo (salvando las distancias), me sirvió para repensar mi propia trayectoria biográfica, mi historia familiar y mis sociabilidades en el barrio en el que resido.

Como decía, además de repensar mi pasado personal y familiar, comencé a prestar atención, describir y analizar las formas de socialización en las que me encuentro envuelto al ser residente de un barrio en el que muchas de sus relaciones, al menos los fines de semana, involucran usos de una variedad de drogas ilegalizadas como forma naturalizada de transitar lo cotidiano.

Con algunas ideas sueltas, me reuní con mi director y le pregunté qué pensaba de empezar a realizar trabajos etnográficos sobre el tema. Como respuesta obtuve una aprobación de su parte, y bastante aliento. Al mismo tiempo, me encontraba cursando el Seminario Sociología Económica y por esos días tenía que empezar a definir un tema y un problema en torno a

“consumos”. Entonces, llevé a la docente la propuesta de trabajar sobre usos de drogas ilegalizadas en tanto prácticas de consumo, y con sus aportes y los de mis compañeros y compañeras, fui delimitando el trabajo de unas 20 páginas que se requería para aprobar la cursada.

El resultado final fue bastante satisfactorio para mí y para la docente del seminario, así que le pedí a mi director que lea el trabajo. A los días me escribió para decirme que nos reunamos para hablar sobre algunas ideas que se le fueron ocurriendo mientras hacía anotaciones al respecto. Recibí sus propuestas con agrado y acordamos ahí mismo que la tesina fuese orientada en ese sentido. Pero además de la docente del Seminario de Sociología y mi director, también recibí buenas críticas en las dos jornadas de investigación en las que presenté el trabajo. Tanto en las Jornadas de Becarios y Tesistas realizadas en la Universidad Nacional de Quilmes en el mes de noviembre de 2018, como en las Jornadas de Sociología llevadas a cabo en la Facultad de Humanidades de Universidad Nacional de La Plata en diciembre de ese mismo año, los/as investigadores/as encargados/as de leer y comentar mi ponencia me recomendaron seguir en esta línea, ya que la propuesta les parecía interesante.

En este sentido, intentaremos describir cómo se conforman y reproducen ciertas prácticas sociales a partir y alrededor de usos de drogas ilegalizadas. Cuáles son las motivaciones que orientan esas prácticas. Para tal cometido, decidimos realizar un trabajo etnográfico que si bien formalmente comenzó a principios de 2018, también cuenta con anotaciones de trabajos de campo y entrevistas de 2017. Así, tomamos como estudio de caso un barrio ubicado en el sur del conurbano bonaerense y compartimos tardes y noches con algunos residentes, quienes son varones de 30 a 50 años.

Se trata de usuarios de drogas ilegalizadas que en ocasiones se encuentran sujetos a relaciones particulares, las cuales puede que sean perjudiciales para ellos mismos. Más allá de que los usuarios llevan a cabo una vida “normal”<sup>1</sup> (trabajan, estudian, tienen familia, etc.), por momentos se ven obligados a transitar en la ilegalidad, con todo lo que eso implica. Así, los usos de drogas ilegalizadas por parte de actores que recurren a las mismas no de forma esporádica ni problemática, sino ocasional, vienen aparejados de la inserción en relaciones y ambientes cargados de desconfianzas y violencias. Es decir, suelen hacerse presentes algunos riesgos, ya que no sólo la mayor parte del tiempo se convive con la pésima calidad de las drogas ilegalizadas adquiridas, sino que por momentos las únicas opciones de compra significan el traslado a lugares de Capital Federal o del conurbano bonaerense, exponiéndose

---

<sup>1</sup> Aparecerán entre comillas tanto las palabras o frases que queramos poner en duda y también aquellas utilizadas por las mismas personas que forman parte de la investigación.

la integridad física y moral al tener que tratar con las muchas posibilidades de ser estafados por vendedores, asaltados por las personas que circulan cerca de los puntos de venta o ser hostigados, robados y/o golpeados por efectivos de las distintas fuerzas policiales durante el trayecto de ida o de vuelta.

Lo dicho recientemente es de vital importancia para nuestro trabajo. Sostenemos que la etnografía debe tener en cuenta las condiciones estructurales que influyen en gran medida sobre las trayectorias biográficas y las relaciones sociales. Se trata de actores expuestos al desempleo o el ocio forzado, la precarización o las largas jornadas de trabajo, el aburrimiento, problemas afectivos y emocionales, pocas posibilidades de experimentar situaciones agradables por fuera de su lugar de residencia, etc. Entonces, a partir de allí podemos hacernos una mejor idea de los contextos en los que los usuarios de drogas ilegalizadas se relacionan, cuestiones que nos permiten eludir miradas que los reduzcan a “delincuentes” o “enfermos”, provenientes de medios de comunicación, prejuicios vecinales y conformaciones de sujetos a “corregir” o “curar” por parte de algunas disciplinas académicas.

Evidentemente, no son pocos los problemas que tenemos como sociedad si las estructuras económicas, políticas, culturales y sociales recaen sobre una parte de la población con el efecto de condicionar las posibilidades de desarrollar autonomía por parte de actores sujetos a miradas que refuerzan todo tipo de violencias. Así, no solo no nos permitimos ampliar los marcos de una democracia que debe ser radicalizada, sino que los reducimos al posibilitar malos tratos interpersonales y persecuciones mediáticas, políticas y policiales. Empezar a resolver estos problemas requiere de más aportes científicos que contemplan y hagan eje en la palabra de aquellos que se encuentran inmersos en las condiciones recientemente expuestas. Sus experiencias y puntos de vista pueden ser retomados, por ejemplo, para la elaboración de políticas públicas, orientadas a la atenuación de los diferentes riesgos que se reproducen si se presta poca atención a estas problemáticas, o si se las mira de forma superficial o generalizada.

Entonces, nos preguntamos, ¿qué motivaciones orientan las prácticas sociales que giran en torno a los usos de drogas ilegalizadas? ¿Qué relaciones podemos establecer entre ellas? ¿Cómo se articulan entre sí?

Ahora bien, cabe mencionar aquí lo que desarrollaremos en la tesina y cómo estará compuesta. La misma contará con cuatro capítulos y unas reflexiones finales. En el capítulo 1, serán expuestas las cuestiones que atañen a la metodología y las técnicas utilizadas durante

la investigación, siendo cualitativa la primera y las segundas conformadas por etnografía y entrevistas. Así mismo, también contará con los presupuestos teóricos que hemos seleccionado y el enfoque particular que decidimos reconstruir a falta de haber encontrado algo que nos ayude en nuestro cometido. En este sentido, el concepto de *don* desarrollado por Mauss para hacer referencia a regalos y donaciones que implican intereses en que sean devueltos, será fundamental. A su vez, la orientación que Rodríguez Alzueta le imprime al don para aludir a la conformación de grupalidades, será nuestro punto de partida.

En el capítulo 2, realizaremos algunas apreciaciones de las condiciones estructurales del barrio con el fin de que las y los lectores tengan un acercamiento al contexto en el que se relacionan los usuarios de drogas ilegalizadas. Así, este capítulo será de gran importancia para el resto del trabajo, ya que deberemos entender las relaciones sociales siempre a partir de allí, es decir, situadas en tiempo y lugar.

En el capítulo 3, se expondrá a través de entrevistas y etnografía un análisis íntegramente dedicado a las prácticas sociales alrededor del don y las motivaciones que orientan al mismo, las cuales tienen como motivo compartir y devolver donaciones entre usuarios de drogas ilegalizadas. Así mismo, el capítulo 4 será parecido, con la diferencia de que el eje se centrará en el análisis de las prácticas de lo que aquí denominaremos *ventajeo*. Pero de todas formas, veremos cómo el don y el ventajeo tienden a confundirse en las mismas prácticas. Es decir, nunca sabemos dónde termina el don y empieza el ventajeo. Por ello en este capítulo volvemos a hacer referencia al don, debido a que es indispensable para pensar el ventajeo.

Por último, las reflexiones finales se orientarán en primer lugar a hacer un repaso por todo lo dicho a lo largo del trabajo, pero lo importante será aquello que ocupará el segundo lugar: dejaremos abiertas varias preguntas relacionadas al presente trabajo, las cuales se desprenderán directamente de las múltiples situaciones, experiencias, anécdotas, análisis y reflexiones que componen la tesina. La finalidad será plantear puntos de partida para comenzar otras investigaciones.

Por otro lado, a lo largo de los diferentes capítulos intentaremos dar cuenta de una serie de objetivos que estableceremos a continuación. Los mismos constan de un objetivo general y cuatro específicos. Con respecto al objetivo general, analizaremos las diversas prácticas que se construyen y giran alrededor de los usos de drogas ilegalizadas entre usuarios varones de 30 a 50 años, quienes viven el barrio del conurbano bonaerense en cuestión, siendo el recorte temporal los años 2017 y 2018. A su vez, los objetivos específicos comprenderán descripciones de las condiciones infraestructurales del barrio; informar sobre las trayectorias biográficas de los usuarios de drogas ilegalizadas con los cuales se ha trabajado; especificar

las distintas drogas ilegalizadas que se han tenido en cuenta para el estudio de las relaciones que se generan en torno a las mismas; y detallar los días, horarios y espacios físicos en los que los actores sociales llevan adelante el uso de drogas ilegalizadas.

Finalmente, se deja aclarado que hemos decidido usar nombres ficticios para no exponer a los actores involucrados en estas relaciones de intercambios. Muchas agencias continúan criminalizando y judicializando el uso privado de de drogas ilegalizadas, sea o no problemático. Por la misma razón tampoco se precisa el nombre del barrio.

Tampoco está de más aclarar que habrá un anexo en donde definiremos y ordenaremos alfabéticamente una serie de palabras “nativas”, además, serán expuestas fotografías que den cuenta de algunos de los espacios físicos que forman parte del trabajo.

## CAPÍTULO 1

### Presupuestos metodológicos y conceptuales

#### Estado del arte

Si bien desde el campo de las Ciencias Sociales se ha investigado y escrito sobre los usos de distintas drogas ilegalizadas, como por ejemplo marihuana (Becker, 2014; Pearson y Twohig, 2014; Guzmán-Franco y otros, 2011), LSD (Willis, 2014; Castellón-Montenegro y otros, 2015) y crack (Bourgois, 2014) o pasta base (Bruzzone, s/f), aquí no nos interesa dar cuenta de una lectura exhaustiva sobre el tema, ni tampoco elaborar una propuesta “superadora” de lo trabajado hasta el momento. Por el contrario, las investigaciones que utilizamos para conformar el presente estado del arte son retomadas para trazar o enmarcar el lugar teórico-político desde el cual nos posicionamos y, en todo caso, señalar mínimas diferencias con tales trabajos, no para discutirlos, sino para utilizarlos como puntos de partida, y en todo caso, si es posible, complementarlos.

Así, entendemos los usos de drogas ilegalizadas más como una relación social que como un acto individual (Guzmán-Franco y otros, 2011). A la vez, sostenemos que los efectos de las mismas responden más a construcciones sociales que a componentes químicos (Becker, 2014; Willis, 2014). Sumado a lo anterior, ponemos en relación los usos de drogas ilegalizadas con las estructuras de clase y de dominación que hacen al contexto en el cual se las utiliza (Bourgois, 2014; Bruzzone, s/f; Rodríguez Alzueta, 2016).

Es importante lo dicho en el párrafo anterior para poder alejarnos de perspectivas que reducen a usuarios de drogas ilegalizadas a “delincuentes” o “enfermos”, ya que tal posición no solamente estigmatiza y criminaliza, sino que además pone el acento en los propios actores, dejando de lado toda relación social, contexto y estructura que pueda ser pensada para modificarse y así asegurar condiciones dignas de usos recreativos, en oposición a posturas que afirman que se debe “corregir”, “curar” o “castigar” a las y los usuarios. De esta forma, hacemos énfasis en un modelo que contempla una relación entre la sustancia, el individuo y el contexto (Bruzzone, s/f). Así, los usos de drogas ilegalizadas serán contemplados como una relación social en tanto articuladora de sentidos, discursos y prácticas, experiencias compartidas y aprehendidas socio-culturalmente (Becker, 2014; Willis, 2014; Guzmán-Franco y otros, 2011).

Con respecto a los usuarios, en principio puede decirse que el presente trabajo aborda los usos de drogas ilegalizadas, comportamientos y relaciones, por parte de actores que transitan

la informalidad laboral y el ocio forzado a causa de desempleo o la imposibilidad de realizar o completar estudios, y además algunos de los mismos cometen o cometieron en algún momento delitos simples (Rodríguez Alzueta, 2016). Pero también involucra a otras que están dentro del mercado laboral formal o que realizaron o realizan estudios secundarios, terciarios y universitarios, y que no recurren o recurrieron a robos o hurtos en ningún momento.

A sí mismo, es fundamental aclarar que los trabajos que hacen hincapié en los usos de drogas ilegalizadas por parte de jóvenes de las periferias urbanas (Rodríguez Alzueta, 2016; Bruzzone, s/f; Guzmán-Franco y otros, 2011), son de vital importancia para comprender las prácticas aquí abordadas. Pero nos parece importante desplazar la mirada para hacer foco en adultos. De esta forma, tendremos la posibilidad de asumir que no sólo los jóvenes obligados al ocio son usuarios de drogas ilegalizadas, sino que otros sectores de la sociedad comparten con ellos códigos, comportamientos, discursos, que al mismo tiempo sacan a los primeros de lo “marginal” y ponen a los segundos por fuera de lo “convencional”, entendiendo así que los usos de drogas ilegalizadas conviven (no sin tensiones) con el trabajo, el estudio y la familia. Por último, y lo que hace al eje de la presente investigación, retomamos la concepción de los usos de drogas ilegalizadas en tanto articuladores de grupalidades y conformadores de identidades. Pero además, proponemos una mirada que nos permite entrever que a las grupalidades, identidades y rituales basados en el don en tanto formas de compartir y tejer lazos que implícitamente implican obligaciones de devolver lo obsequiado (Rodríguez Alzueta, 2016), se suman prácticas que no lo niegan, sino que lo involucran en modos de comportamientos ritualizados, en los que convive, se superpone, se complementa con al menos otra lógica de intercambio.

## **Metodología**

Hacer uso de la metodología y las distintas técnicas de investigación requirió de todo un “despliegue de una dinámica helicoidal” (Gobato, 2013: 82). Es decir, no se avanzó hacia un punto de llegada previamente definido en una sucesión lineal de etapas. Tampoco volvimos una y otra vez sobre las mismas cuestiones de manera puramente circular. Por el contrario, si bien sabíamos que la metodología sería cualitativa y que el trabajo de campo encontraría su base en la etnografía, las formas en las cuales llevar a cabo la observación participante y el diseño y aplicación de las entrevistas semi-estructuradas, necesitaron de un contraste constante con los actores involucrados y el contexto en el que se relacionan los mismos y nosotros con ellos, es decir, en la práctica de la investigación.

Así, tener en cuenta la figura del *helicoide* (Gobato, 2013) fue importante para reconocer los alcances y los límites del trabajo de campo, viendo hasta dónde y de qué manera trabajar con determinados actores; reconociendo las formas en que podíamos o no relacionarnos con ellos en diferentes contextos; saber cuándo conviene ser más observadores que participantes y más participantes que observadores; cuándo, dónde y con quiénes sí o no realizar entrevistas semi-estructuradas, qué sostener de las mismas, qué modificar, cómo ordenar su estructura interna, etc.

Del diseño previo pasamos a la aplicación en el campo, luego redefinimos los usos de las técnicas de acuerdo a los resultados obtenidos en comparación con los esperados. Así, volvemos nuevamente al campo y otra vez redefinimos los usos de las técnicas para volver una vez más, sin pensar que hay una instancia en la cual tal proceso ya no requiriese de modificaciones. Lo mismo hicimos en lo que respecta a la definición de los problemas en el marco de un tema general, la formulación de un enfoque teórico y usos de conceptos que puedan dar cuenta de lo estudiado.

Pero esta dinámica de ida y vuelta, de redefiniciones, de ensayos a prueba y error, fue posible debido a la puesta en práctica de la *reflexividad* (Guber, 2001) que requirió de tomar conciencia, en tanto investigadores, sobre nuestra persona, los condicionamientos sociales y políticos en las que nos encontramos implicados, y además, nuestra posición en el campo académico. Todas estas dimensiones intervinieron a la hora de llevar a cabo la investigación.

Entonces, la dinámica helicoidal y la reflexividad fueron formas de trazar una *relación dialéctica* (Gobato, 2013) entre las redefiniciones y los usos de las herramientas metodológicas y las interacciones con los actores para la construcción de conocimiento. Tales interacciones fueron pensadas, a medida que se iban desarrollando, en base a la *Epistemología del Sujeto Conocido* (Vasilachis, 2009). Por lo tanto, hicimos hincapié no en el sujeto que conoce, sino en los sujetos de la investigación en tanto personas, seres humanos, iguales, con los que intentamos construir una relación simétrica, alejándonos de toda pretensión que nos ubique en una posición de superioridad (Guber, 2001).

En este sentido, tuvimos en cuenta que toda técnica de carácter cualitativo que utilizamos para llevar a cabo la investigación, fuese retomada bajo una perspectiva que haga énfasis en la identidad de quienes emprendieron con nosotros la experiencia de conocer. Porque es la identidad de las personas el fundamento que las constituye como iguales al investigador, la humanidad que comprende a ambos, más que las diferencias que radican en la posibilidad de desplegar herramientas metodológicas por parte del *Sujeto Cognocente* (Vasilachis, 2009).

Lo dicho recién tuvo relevancia para poder realizar usos de la metodología cualitativa en tanto método que se interesa por las formas en las que el mundo es conocido, comprendido, producido, vivido, experimentado, por las personas en sus relaciones, prácticas, discursos, comportamientos inmersos en la dinámica de los procesos sociales, del cambio y el contexto social (Vasilachis, 2009). Prestamos especial atención a las formas en que los actores construyen su mundo, observando cómo interpretan los significados que les otorgan a las cosas a través del lenguaje (Guber, 2001).

Nuestra base de investigación fue la metodología cualitativa en tanto interpretativa, hermenéutica, reflexiva, multimetódica, profunda y rigurosa, por lo que empleamos métodos de análisis sensibles a los actores y también al contexto social de los mismos (Vasilachis, 2009). Se trató de la construcción de conocimiento producto de unas relaciones entre iguales, a la vez situadas en contextos específicos, particulares, que dotaron de materialidad a las interacciones.

Así, los actores en sus relaciones y en relación con nosotros, teniendo en cuenta sus trayectorias personales, experiencias, biografías, fueron parte de *las características primarias* de la investigación (Vasilachis, 2009). A la vez, todo aquello que hizo referencia al contexto social, a las situaciones en donde se crean los sentidos, en las que se construyen los significados, metodológicamente hablando, abarcan las *características secundarias*.

Como decíamos, es la persona lo que interesó, pero la persona situada (Vasilachis, 2009). No puede conocerse a las personas sin situarlas, pero tampoco se puede conocerlas por sus situaciones, ya que no hay que privarlas de acción, de autonomía, de libertad.

Varios fueron los obstáculos que encontramos a lo largo de la investigación, pero pudimos sortearlos a medida que recurrimos a diversas estrategias, producto de intentar una y otra vez volver al campo redefiniendo las formas de abordar el objeto que constituye nuestra problemática. De este modo, hubo que lidiar con todo lo que conlleva realizar una etnografía en mi lugar de residencia y, además, con personas que forman parte de mi cotidiano a la hora de entablar relaciones cercanas. Pero esto, al mismo tiempo, nos permitió saltar muchas etapas previas necesarias para empezar a construir información, por ejemplo, ganar la confianza de los “informantes” y entrar a un lugar ajeno al investigador, reconociendo y adquiriendo formas de relacionarse propias de los *nativos* (Guber, 2001; Morradi, Archentti y Piovani, 2007) e intentando reducir al mínimo aquellas que fuesen propias de otros círculos en los que me relaciono.

Esto no quiere decir que deliberadamente hayamos buscado una cierta “comodidad” en elegir que las situaciones de la investigación sean las más convenientes para nosotros. Por el contrario, comenzamos a definirla muchos años después de haber vuelto al barrio y comenzar a pasar el tiempo en la esquina con el grupo de personas con las que trabajamos. Primero me involucré en las relaciones y las prácticas abordadas por razones que no tienen que ver con realizar una etnografía, sino por lo mismo que cualquier persona: tener amigos, salir a divertirme, pasar el tiempo, etc. Luego, muy recientemente, comencé a ver allí la posibilidad de llevar a cabo esta investigación, ya que los temas que me interesan como cientista social conciernen a muchos de aquellos que notaba que se desarrollaban a mí alrededor, cuestión que nos trajo no pocos problemas de orden metodológico.

Una problemática central que debíamos resolver era encontrar un lugar físico en el que pueda investigar las relaciones sociales en torno a los usos de drogas ilegalizadas, ya que si bien sucede en muchos espacios y al interior de una variedad de grupalidades en el barrio, no tener en cuenta que se hace necesario hacer foco en uno en especial (espacio geográfico y grupo), podría dificultar el desarrollo del trabajo. Es decir, carecer de un “epicentro de relaciones” alrededor de los usos de drogas ilegalizadas, dispersaba todo el conocimiento que pudiese construir. Así, elegí a alguien en particular dentro del grupo en el que me relaciono para pasar a su lado la mayor cantidad de tiempo posible. Esto fue provechoso debido a dos motivos: por un lado, en torno a este actor barrial se relacionan otros, y si no fuera por él, entonces difícilmente lo harían. Por otro lado, su casa, y en particular su pieza, es el espacio físico en el que el grupo suele hacer usos de drogas ilegalizadas siempre que se presente la oportunidad, porque prefieren fumar marihuana y/o pasta base e inhalar cocaína en lugares cerrados, ya sea por cuestiones climáticas, para evitar la estigmatización vecinal, esquivar a otros actores que suelen pedir que se les comparta, cuidarse de conflictos que en ocasiones suceden en las esquinas a la noche, como robos o malos tratos policiales.

Pero más allá de las dificultades que pudiesen presentarse, lo importante fue reconocer que “los límites entre ser miembro o no del grupo no son rígidos” (Morradi, Archenti y Piovani, 2007: 196). Es así que el empeño estuvo puesto en llevar a cabo un trabajo de *extrañamiento/distanciamiento* que nos permitió “desnaturalizar prácticas constitutivas de la cultura a la que se pertenece y que el observador ha adquirido a través de procesos de socialización” (Morradi, Archenti y Piovani, 2007: 196). Trabajo que estuvo cargado de aportes externos por parte de académicos/as, amigos/as y conocidos/as que, en alguna que otra ocasión, tuvieron acceso al lugar de estudio y además se relacionaron con los actores barriales que llevan a cabo las prácticas abordadas. En este sentido, acercar notas de campo,

entrevistas, anotaciones y comentarios a compañeros/as de la carrera y profesores/as también fue de utilidad.

Así, se contrastaron “las perspectivas de varios observadores” (Morradi, Archentti y Piovani, 2007: 201), lo que permitió que sean advertidas cuestiones que estábamos pasando por alto, por haber naturalizado muchas cosas al ser parte de las relaciones estudiadas, como prácticas, discursos, comportamientos particulares, conflictividades, pistas falsas. Aunque las miradas externas también prestaron atención al contexto físico, como las esquinas, las calles, la composición del barrio, su ubicación en relación a otros lugares. Además, cuando accedieron al barrio realizaron preguntas que a nosotros no se nos hubiesen ocurrido, o pudieron crear situaciones muy ricas en contenido que hasta el momento no habíamos logrado realizar.

En fin, varias fueron las situaciones que surgieron cuando los actores barriales notaron que había otros participando de relaciones y prácticas que les eran ajenas a estos últimos. En consecuencia, exageraron comportamientos, utilizaron otras palabras o mostraron actitudes que frente a mí ellos obviaban por considerarme parte del grupo, lo que tendía a reproducir una cierta monotonía.

Además de la observación participante, usamos como complemento de la misma una serie de entrevistas que fueron surgiendo en el momento de la etnografía o luego de ésta. Lo último fue de utilidad para poder obtener información que no podíamos hallar cuando había varios actores barriales en el lugar, ya que era difícil que alguno de ellos cuente ciertas cosas en presencia de amigos y conocidos. Pero a la vez, entrevistar en “privado” a alguien significaba “abstraerlo” de su contexto, lo que solía significar un obstáculo para que ponga en palabras sus prácticas. Así, había que ir y venir entre la etnografía y las entrevistas, entre obtener información más personal y observar a los actores llevar a cabo sus prácticas.

Con respecto al problema recientemente planteado, encontrar la forma de realizar *entrevistas etnográficas* (Guber, 2001) fue el punto de tensión que necesitaba. De este modo, las preguntas no eran directas, sino que las realizamos en el marco interpretativo de la observación participante, construyéndose los datos en la relación entre el investigador y los actores observados/entrevistados, ya que la comunicación hacía a las entrevistas. Por ende, comenzamos a tener en cuenta que las respuestas en gran medida corresponden a las preguntas, y sobre todo a la situación en donde se realizan las mismas.

Para concluir, diremos que no hubo nada definido a priori, sino que el énfasis estuvo puesto en la posibilidad de ir modificando sobre la marcha todo aquello que delineamos parcialmente, tanto teórica como metodológicamente. Así, en la medida de lo posible,

hicimos partícipes activos de la investigación tanto a los usuarios de drogas ilegalizadas como a otros/as investigadores/es que pudieron aportar al trabajo siempre que les acercamos algo del mismo. Todo esto teniendo en cuenta el papel central de aquellos que brindaron, mediante entrevistas o prácticas cotidianas, sus apreciaciones y experiencias, las cuales fueron fundamentales a la hora de construir conocimiento.

### **Enfoque conceptual**

Nos interesa pensar los usos de drogas ilegalizadas en tanto prácticas ritualizadas, enmarcadas en reglas socialmente establecidas al interior del barrio, las cuales más o menos se adecúan a exigencias convencionalizadas que, a través de códigos específicos, construyen, no sin conflictos, los lazos que se van tejiendo alrededor de tales usos. En ese sentido, las prácticas que giran en torno a los usos de drogas ilegalizadas “pendulan” (Matza, 2014) entre por lo menos dos motivaciones que no representan extremos, pero se confunden: el *don* y el *ventajeo*.<sup>2</sup>

De manera general, utilizamos el concepto de *don* según lo describe Mauss (2009). Para el autor, el don comprende intercambios que siempre se realizan en forma de regalos, teóricamente voluntarios, pero que en realidad, se entregan y devuelven por obligación. Pero lo que intercambian aquellos involucrados en el don, no son sólo bienes y riquezas, cosas económicamente útiles. Además, intercambian cortesías, afectos, es decir, bienes materiales pero también inmateriales. Intercambios más o menos ritualizados, organizados según distintos criterios. Esas prestaciones y contraprestaciones se realizan de forma aparentemente voluntaria, a través de presentes y regalos, pero como dijimos, son rigurosamente obligatorios. El don no es gratuito, sea porque existe una obligación de dar, como la obligación de aceptar y de devolver una vez que se lo toma.

El honor y el prestigio son elementos que se considera fundamentales, son el *maná* que confiere la riqueza, lo cual debe conservarse en la obligación de devolver esos dones, para no perder autoridad en tanto fuente de riqueza (Mauss, 2009). Lo que obliga en el regalo recibido, intercambiado, es el hecho de que la cosa recibida no es algo inerte. A través de ella, aquel que dona tiene poder sobre el beneficiario. Se trata de un vínculo de almas, debido a que la cosa misma tiene un alma. De ahí que regalarle algo a alguien es regalar una parte de uno mismo.

---

<sup>2</sup> Los conceptos retomados de otros autores así como el de *ventajeo*, utilizado por nosotros, aparecerán en cursiva cuando sean escritos por primera vez.

En este esquema, es indispensable devolverle al otro “lo que forma parte de su naturaleza y sustancia, ya que aceptar algo del otro es aceptar algo de su esencia espiritual, de su alma” (Mauss, 2009: 91). La conservación de esa cosa es ilícita, porque además de provenir de la moral de la persona, también alude a intercambios que a la vez son físicos y espirituales. No se trata de una cosa inerte, puesto que la misma tiene que regresar a su lugar de origen, en tanto reemplazo de aquello previamente dado.

En tanto que hay obligación de dar y de recibir, negarse a dar genera conflictos. En este sentido, “hay una serie de derechos y deberes de consumir y de devolver que corresponde a derechos y deberes de regalar y de recibir” (Mauss, 2009: 94).

Siguiendo esta línea de razonamiento, Rodríguez Alzueta (2016) utiliza el concepto de don para mostrar cómo a través de los usos de drogas ilegalizadas, los jóvenes de los barrios de las periferias urbanas construyen identidad y conforman grupalidades. Es decir, organizan su economía moral en torno a la obligación de dar, aceptar y devolver para activar el grupo y sostener los lazos a lo largo del tiempo. Las drogas son uno de los tantos insumos diarios que posibilitan las grupalidades y las identidades que se construyen en torno a las mismas.

Contribuir al grupo con drogas ilegalizadas para compartir otorga prestigio y, sobre todo, motoriza la “junta”. Se trata de hacer regalos que contribuyen a la grupalidad, pero éstos vienen junto a la obligación de devolver lo regalado. No inmediatamente, pero si en algún momento, ya que si se aceptó que el otro comparta con uno, se está en la obligación de devolver el favor. De lo contrario se corren riesgos de quedar como “amarrete”. De este modo:

El don abre y compromete. Aceptar un regalo es mostrar que se está dispuesto a entrar en juego. Pero una vez en el baile, no se puede quedar en falta. Es más, hay que devolver más o menos lo que hemos recibido. (...) La obligación de devolver con dignidad, con intereses, se vuelve imperativa. No se puede ser canuto o pijotero. Gastar es despilfarrar y derrochar. (...) Una obligación diferida, que tiende a demorarse en el tiempo. Porque entre la donación y la contraprestación puede transcurrir una semana, dos meses, incluso un año. No hay plazo, la devolución no tiene fecha de vencimiento, pero una vez aceptada habrá que devolverla con honores (Rodríguez Alzueta, 2016: 185-186).

Así, es fundamental la economía del don en los intercambios de drogas ilegalizadas que componen algunas relaciones intra-barriales. Pero, las motivaciones que orientan estas

prácticas van y vienen entre el don y el ventajeo. No hay regalo solamente en las relaciones que se conforman en torno a los usos de drogas ilegalizadas, sino que además hay trampas al donante. Hay veces en las que el don no es producto de la obligación de dar por haber recibido y aceptado recibir en otro momento, sino que se fuerza al donante a dar, se lo pone en una situación incómoda en la cual se le ven reducidas las alternativas de correrse del lugar de donante.

El ventajeo no tiene que ver con la amenaza ni el uso de la fuerza, sino que responde a acciones que tienen como finalidad obtener algo, lo más favorable posible con el menor costo o inversión, o a través de la reducción de alternativas para la otra persona. No se sostiene en el “apriete”, sino que pone en aprietos, jugando con las emociones y necesidades del otro. Y en caso de que no las tenga como para que ceda lo que se quiere, entonces hay que crearlas, poniendo al otro “contra las cuerdas”, llevándolo al límite por medio de la mentira o haciendo uso más o menos consciente o premeditado de las ansiedades, apuros, miedos, del otro.

Así, el ventajeo crea posibilidades que en principio no había, y lo hace poniendo en juego algo material que vale la pena invertir para sacar un provecho mayor o apelando a diversas emociones que hacen efecto en el otro. Lo importante es que el don no se encuentra solo, sino que tiene su contraparte, el ventajeo. Don y ventajeo orientan las prácticas en torno al uso de drogas ilegalizadas. Uno al lado del otro construyen y a la vez son producto de relaciones específicas al interior de situaciones particulares, en espacios físicos precisos y en determinados momentos.

Pero el ventajeo no sólo es producto de las “avivadas” o la picardía ajena ni se materializa en objetos, muchas veces el ventajeo es subjetivo, es decir, algo que sucede en la cabeza de los actores, formando parte de lo que conocemos como las “persecuciones” subjetivas. Una persona perseguida es una persona que no vivirá como regalo la droga que se convida sino como algo interesado, que tiene un trasfondo que en ese momento no logra vislumbrar. Es decir, los usuarios de drogas ilegalizadas traban relaciones cotidianas que producen y a la vez se constituyen a partir del ventajeo, lo que los lleva a ver más ventajeos de los que realmente suceden.

Por último, en tanto resultado y constituyente de relaciones, el ventajeo tiende a fortalecer la grupalidad. No solo el don lo reasegura, también el ventajeo solo que lo hace con otros modos que van posicionando a los distintos actores en lugares concretos al interior de los grupos según se los identifique como ventajeros, debido a que siendo una relación social, de todas formas se manifiesta como atributo individual.

## CAPÍTULO 2

### EL BARRIO

“Y es así, la vida de un obrero es así.

La vida en el barrio es así.

Y pocos son los que van a zafar.

Y es así, aprendemos a ser felices así.

La vida del obrero es así.

Y pocos son los que van a zafar.”

**Viejas Locas, Homero**

Nuestra investigación hace foco en las prácticas y relaciones sociales que giran y se desarrollan en torno a usos de drogas ilegalizadas, pero antes de centrarnos en tales cuestiones nos resulta de suma importancia exponer algunas consideraciones sobre el barrio. Es decir, el espacio material, y a la vez social y simbólico, en el que los actores barriales que forman parte de nuestra tesina se relacionan. Y decimos que nos resulta fundamental hacerlo debido a que no podemos concebir las prácticas y las relaciones sociales en abstracto, separadas de las condiciones estructurales que, si no se imponen a los actores, sí tienen gran influencia en las motivaciones que orientan los usos de drogas ilegalizadas. Así, algunas observaciones sobre el estado actual del barrio a partir de nuestra experiencia al recorrerlo y sobre todo teniendo en cuenta la palabra de los mismos actores, nos permitirán plasmar varios puntos necesarios a la hora de entender los usos de drogas ilegalizadas.

Las prácticas y relaciones sociales que giran alrededor de los usos de drogas ilegalizadas, y que a la vez las posibilitan, serán comprendidas en concreto. Es decir, en relación directa con condicionamientos externos a los actores barriales que acotan el abanico de posibilidades al momento de tomar decisiones. De ahí que deberemos ubicar las prácticas y relaciones en torno a los usos de drogas ilegalizadas entre tensiones derivadas tanto de la capacidad creadora de los actores barriales, como de estructuras impuestas a los mismos y a la vez interiorizadas y llevadas a la práctica.

Varios son los aspectos que podemos atender en los sentidos anteriormente descritos, y empezar por unos y terminar con otros responde más a la arbitrariedad que a un orden en importancia. Así, podemos hacer alusión a la ubicación geográfica del barrio y dar cuenta de

esta forma de algunos condicionamientos que lejos están de lo que puedan decidir o no los actores.

En primer lugar, el barrio pertenece a un partido del sur del conurbano bonaerense ubicado en el límite de una localidad que a la vez también lo es del partido, entre el segundo y el tercer cordón. Pero tales límites son, a su vez, las fronteras geográficas que se encuentran con barrios que son extremos de localidades que también lo son de otros partidos. Esta particularidad geográfica hace que en ciertas ocasiones el acceso al barrio sea dificultoso. Esto es así porque si bien el barrio hace unos 20 años que se encuentra asfaltado, muchos de los otros que lo rodean aún cuentan con calles de tierra casi en su totalidad. Además, la mayoría de las avenidas principales que conducen al mismo están en pésimo estado, dejando literalmente sólo dos accesos por los que se llega en colectivo como único transporte público regular, ya que la zona geográfica está muy lejos de cualquier estación de trenes. De esta forma, durante el día generalmente hay que abordar dos o más colectivos para llegar o venir de gran parte de otras localidades y partidos, lo cual es el mejor de los panoramas, debido a que si llueve demasiado los únicos accesos quedan inhabilitados al tránsito. Por otro lado, los únicos transportes públicos que pueden abordarse luego de las 23 hs. son sólo dos: un colectivo de línea que se dirige hacia Capital Federal y una Costera que viene de La Plata y recorre el oeste y norte del conurbano. Tal situación hace que a menos que se cuente con auto, el acceso a localidades y partidos vecinos se complique durante la noche. Además, hay que tener en cuenta que si bien hay remises, los mismos suelen estar en mal estado y quedar a la deriva en medio de las arterias que conectan puntos centrales de esta zona del conurbano. Aunque tal situación últimamente no es tan complicada debido al uso cada vez más extendido de Uber por parte de muchos/as integrantes del barrio.

### **“Te tomás el colectivo y te baja la policía”**

En ocasiones los y las residentes del barrio ven obstaculizado su traslado hacia otras localidades y partidos aledaños debido a los múltiples operativos policiales. Al momento que llevábamos a cabo la etnografía, se desplegaron a las afueras del barrio estos operativos que consistían en detener colectivos de pasajeros para que efectivos de la Policía Local se subieran a los mismos. Una vez a bordo, obligaban a descender a pasajeros/as según criterios discriminatorios, como son los de seleccionar “a dedo” debido a la “portación de cara”. Luego, los efectivos llevaban adelante una serie de rutinas destinadas a exponer a algunos pasajeros/as frente a otros/as como si fuesen “sospechosos/as” de cometer algún tipo de delito. Las mismas consistían en pedir DNI, revisar pertenencias, “cachear”, averiguar

antecedentes y eventualmente trasladar a la comisaría a algún pasajero, sobre todo a varones jóvenes, vestidos con ropa deportiva, morochos, que hablan y se mueven de determinada manera. Sebastián<sup>3</sup> nos cuenta lo siguiente:

“Y yo me quedo en el barrio, sino te hacés problema al pedo. Te hacés mala sangre. Te tomás el colectivo y te baja la policía. Te revisan, te bardean. No podés ir a ningún lado y encima no podés andar con nada. Así que te quedás y sabés que no te van a andar jodiendo, al menos la policía. Y en el colectivo, porque a veces te jode en la esquina de tu casa.”

Las rutinas policiales recientemente descritas sólo fueron realizadas durante algunos meses a las afueras del barrio, pero en otros partidos de la región por los que necesariamente tiene que pasar el único colectivo que funciona luego de las 23 hs., los operativos que consisten en obligar a descender pasajero/as continuó hasta no hace mucho tiempo.

De todas formas, los y las residentes del barrio no dejan de ir y venir a pesar de lo sucedido en los colectivos, pero esto se suma a otros operativos que todavía se llevan a cabo de manera recurrente, como son aquéllos en los que se detienen a personas que se trasladan en motocicletas y automóviles. Además, muchos de los usuarios de drogas ilegalizadas, aparte de encontrarse expuestos a todos los operativos policiales nombrados, corren grandes riesgos de ser detenidos cuando se dirigen a otros barrios del conurbano o algunos de Capital Federal. Así lo relata Mariano:<sup>4</sup>

“Cuando voy a pegar afuera del barrio, siempre me para la policía. A veces me encuentran algo y a veces no me encuentran nada, porque lo escondo bien. Pero siempre me paran. Por ahí te bardean, te sacan cosas, te pegan. Te comés un par de bardos si salís. Por eso salgo para laburar, para vender espejos. Después, todo por acá y rápido, porque si no te agarran en el barrio también y te rompen las bolas de la misma forma.”

---

<sup>3</sup> Sebastián (35) es soltero, no tiene hijos y vive con sus padres. Hasta hace 1 año trabajaba en una fábrica, pero fue despedido. Intentó estudiar psicología en la Universidad Nacional de La Plata, pero abandonó por falta de tiempo e ingresos. Se dedica a hacer “changas” y venta ambulante. Hace unos años estuvo internado en centros de rehabilitación debido al consumo de pasta base. Hace un mes entró a trabajar en una fábrica en Pompeya.

<sup>4</sup> Mariano (37) es soltero y vive con sus padres y 4 de sus 7 hermanos. Se dedica a la venta ambulante, pero en otros momentos cobraba “peaje” en los límites del barrio y robaba autos para vender autopartes. En la actualidad suma a la venta de espejos trabajo de albañilería realizados con su padre.

De ahí que las esquinas de las respectivas casas terminen siendo el lugar más frecuentado, ya que se convierte en el espacio físico más “seguro” para estar con lo que respecta a los riesgos inherentes a las interacciones con la policía. Pero, la Policía Local o Bonaerense, y hasta hace un tiempo Gendarmería, suelen detenerlos dentro del barrio, lo que conlleva una reducción de posibilidades de circulación mucho mayor. Según Sebastián:

“No podés andar por ningún lado. Hasta en la esquina de casa me paran. Salgo a boludear y me paran. Una vuelta me pararon tres veces en el mismo día, y a la cuarta ya les dije, ‘¿otra vez? pero si ya me revisaron. No tengo naya yo’. Así me dejaron de joder, pero si no te conocen, te paran. Como cuando andaba Gendarmería. Nos agarraban en la esquina, nos revisaban, nos re bardeaban, te cortaban el mambo.”

Pero tal “seguridad” depende de las esquinas que se tienen a mano, eligiendo entre las mismas a aquellas más pobladas de árboles, con escombros y montañas de piedra, bolsas de arena y poca iluminación. En este sentido, este tipo de esquinas hacen las veces de panóptico (Foucault, 2014) que los actores barriales usan a su favor. En ellas, ven sin ser vistos, o por lo menos se anticipan a los encuentros con otros actores barriales o institucionales antes de que estos últimos divisen a los primeros.

### **“Salís para no tener problemas en tu casa, pero tenés otros problemas”**

La esquina como espacio a ocupar no sólo es resultado de los efectos de compartimentación que derivan de las múltiples manifestaciones de hostigamiento policial a las afueras o al interior del barrio, sino que además es consecuencia de las formas de *control social* (Becker, 2014) presentes en las relaciones inmediatas de los usuarios de drogas ilegalizadas. Así, la esquina alejada y oscura es el espacio físico que se transforma en lugar de tensión entre, por un lado, tener que salir de los respectivos hogares debido a la desaprobación familiar de los usos de drogas ilegalizadas y, por otro lado, no alejarse demasiado para no exponerse al vigilantismo vecinal y la violencia u hostigamiento policial. En este sentido, en ocasiones no queda más opción que salir a la calle para no discutir o pelear con la madre, el padre o la pareja, aunque los conflictos no desaparecen, ya que toca esquivar o tratar de ignorar la desaprobación vecinal. Y aún quedan las fuerzas de seguridad como actores a tratar de evitar,

sin contar con la exposición al robo o enfrentamientos con otros actores barriales. Marcelo<sup>5</sup> nos cuenta lo siguiente:

“Yo me separé porque a mi mujer no le gustaba que fume, que me drogue. Así que volví a lo de mi vieja, pero adentro no fumo, capaz que tomo merca y listo. Pero si quiere estar más tranquilo en el sentido de que no me digan nada, salgo a la vereda. Igual, depende de cómo esté la calle. No solamente si hace frío y esas cosas, sino porque en la calle por ahí vienen a joderte, te manguean, se quieren pelear, por ahí andan robando. La policía no jode porque yo no jodo a nadie, pero si te quieren romper las bolas lo hacen. Por un lado, salís para no tener problemas en tu casa, pero por otro lado, hay otros problemas.”

Así, no sorprende que un lugar en donde hacer usos de drogas ilegalizadas sea una esquina oscura, rodeada de árboles y grandes paredones ubicada al fondo del barrio, en donde durante la noche los/as familiares de los usuarios no pasan por ahí, ni tampoco otros/as vecinos/as. Además, esas esquinas ofrecen la posibilidad de, sin ser vistos fácilmente, ver venir a otros actores barriales, caminando o moviéndose en moto o auto. También, son lugares en los que se advierten las luces de las sirenas mucho antes de que se asomen los patrulleros, lo que da tiempo a esconder cualquier cosa que implique comprarse problemas, sin contar que también permite adoptar posiciones corporales lo menos “sospechosas” posibles o esconder cualquier objeto que pueda meterlos en problemas en caso de “cacheo”.

Entonces, si bien los espacios ocupados para hacer usos de drogas ilegalizadas puede que se les impongan a los usuarios, aún en lo reducido de sus opciones imprimen subjetividad e intentan transformar tales lugares a sus necesidades, o por lo menos se adaptan a los mismos de tal forma que pueden usarlos para su beneficio, más allá de ser una última alternativa.

### **“Te sale más barato quedarte y te la pegás en el barrio”**

De todas formas, aún podemos encontrar más motivos por los que muchos actores barriales se quedan en el barrio y ocupan determinados espacios del mismo, como las esquinas, para pasar los fines de semana y apegarse a rutinas que no ofrecen muchas opciones más allá de los usos de algunas drogas ilegalizadas. En este sentido, los motivos que podemos denominar

---

<sup>5</sup> Marcelo (42) tiene un hijo (17), está separado y trabaja en blanco para una cadena de electrodomésticos en San Francisco Solano (Quilmes) hace 10 años. Vive con su madre, su hermano mayor y su familia, su hermano menor y su hermana menor y su novio e hijo menor. Marcelo no terminó el colegio secundario y en más de una ocasión me expresó sus deseos de hacerlo, pero dice que no puede debido a los horarios del trabajo.

como laborales son esenciales, y esto es así en dos sentidos: por un lado, la falta de trabajo o el trabajo precario y mal pago. Por el otro lado, trabajar de manera formal, pero de lunes a sábados desde la mañana hasta la noche.

Así, las pocas posibilidades de intentar rutinas de fines de semana diferentes y en otros lugares, están directamente asociadas a contar con poco dinero para, por ejemplo, ir hacia el centro de alguna de las ciudades “cercanas” en remis o Uber, pagar la entrada de algún bar, boliche o recital y comprar bebidas para pasar allí la noche entera. Evidentemente, al menos una salida así algún fin de semana implica un gasto que va mucho más allá de comprar una o dos bolsas de cocaína a 300 o 600 pesos, respectivamente. Sin tener en cuenta que en la mayoría de los casos los usuarios de drogas ilegalizadas juntan plata entre por lo menos dos o tres de ellos para llegar a 600 pesos, por lo que pensar en salir del barrio un sábado a la noche ni siquiera forma parte de lo planificable. Sebastián nos cuenta lo siguiente con respecto a esto:

“Salir es caro si no tenés buena plata. Un par de veces salimos, fuimos a pasar la noche en algún bar y escabiamos piola, pero es caro. Tenés que ir, pagar la entrada, mantenerte la birra toda la noche. Se complica. Aparte acá tenés todo eso. Te venden escabio hasta tarde, no tenés que caminar mucho para comprar droga. Te sale más barato quedarte y te la pegás en el barrio.”

Aunque tener un trabajo estable, en blanco, pareciera que soluciona muchos de los problemas recién planteados, tampoco asegura la posibilidad de planificar salidas un fin de semana, ya que este tipo de trabajos implica seguir rutinas que no dejan muchas ganas de hacer algo que no sea salir a la vereda. Entrar a trabajar a la madrugada o llegar a casa los viernes y sábados a las 21 hs. son incentivos difíciles de sortear a la hora de elegir quedarse en el barrio, sobre todo si las ofertas de drogas ilegalizadas sobran y el “transa” te alcanza marihuana, cocaína y pasta base a la esquina de tu casa. Algo parecido nos dice Marcelo:

“Llego de trabajar muy cansado. Los viernes estoy en casa a las 9 de la noche, y los sábados también. Hasta que como, me pego un baño y estoy un rato con mi hijo o mi vieja ya se hizo tarde. No tengo ganas de salir ya. Prefiero quedarme en la vereda y fumar ahí, tranquilo. Por ahí me compro una o dos bolsas y me las tomo con alguien o solo, y después me duermo así hago cosas el domingo. Pero si salgo, olvidate.

Termino cansado después. Además de la plata, hay que tener tiempo y yo trabajo toda la semana, así que quiero quedarme acá.”

Lo importante es concebir las prácticas y relaciones en torno a los usos de drogas ilegalizadas, así como los usos mismos y los espacios físicos en donde se desarrollan, en relación directa con los condicionamientos materiales que estructuran y delimitan posibilidades que, en otras circunstancias, podrían ser mayores, significando otras circulaciones, actividades, relaciones sociales y espacios físicos.

La compartimentación del barrio y al interior del mismo, producto de las condiciones estructurales, implica a los actores en el juego de las drogas ilegalizadas. No estamos diciendo que sea una determinación, sino que esas condiciones constituyen el marco donde se dan relaciones que asumen formas específicas, por demás creativas, que aquí queremos explorar.

## CAPÍTULO 3

### El don

“Cuando vuelva de Bolivia, traeré pa’ mis hermanos una bolsa,  
una bolsa... así grandota de regalo.”

**La Renga**, *Blues de Bolivia*

Conversando la rueda ya se formó  
y las flores se queman buscando un sentido.  
Mientras la noche muestra la calle en quietud,  
la intuición esquinera encendió mi luz.”

**Hermética**, *Soy de la esquina*

El don se manifiesta a través de una gran variedad de prácticas, y podemos encontrar que orienta comportamientos que contribuyen a componer lazos. Los construye cuando los actores comparten o regalan drogas ilegalizadas en una multiplicidad de ocasiones, las cuales tienen lugar en diversos espacios físicos y momentos. El don, en tanto forma más o menos ritualizada de dar, aceptar recibir y devolver, se organiza en función de normas que pueden ir modificándose con el paso del tiempo o dependiendo de la situación y los criterios que los actores tengan en cuenta. Hablamos de normas que no siempre se siguen del todo, pero son resultado de, y al mismo tiempo delimitan, los parámetros a tener en cuenta si se quiere formar parte de un circuito que, como veremos, desde la lógica de los usuarios de drogas ilegalizadas, “beneficia” a todos aquellos que entran en él.

#### “Siempre que tiene se porta el loco”

Para empezar, podemos decir que el don añade “sorpresas”, “buenas intenciones”, “gratitud”, a las relaciones alrededor de los usos de drogas ilegalizadas que son parte del entramado social del barrio. A simple vista, el don se nos presenta como un acto gratuito. Sin embargo, cuando se mira con el tiempo auestas nos damos cuenta que el “regalo” que se hace es la devolución de un regalo que se ha hecho. Una cadena de regalos que no siempre se sabe cuándo comenzó y dónde terminará. La siguiente anotación tomada de nuestro diario de campo es ejemplo de ello:

Un viernes de abril de 2018 por la tarde, caminamos por el barrio rumbo a lo de Francisco,<sup>6</sup> el transa al cual comúnmente recurre Sebastián para conseguir cocaína.<sup>7</sup> Hay mucha gente en las veredas debido a que la temperatura es agradable, y además se trata de la calle más transcurrida del barrio. En una de las esquinas nos detenemos a saludar a la vagancia que está sentada allí, y al darle la mano a Fabián<sup>8</sup> (quien era parte de esa junta), Germán<sup>9</sup> le pasa un faso. Fabián, al notar que el saludo viene con regalo, pone cara de sorprendido y le dice, “gracias loco, nos zafaste la careta a todos, porque por ahora no está saliendo nada”. Germán contesta que no hay problema y le pasa otro. “Joya, chabón” dice Fabián, y luego pregunta, “¿estás son las de tus plantas, no?”. Germán contesta que sí y emprendemos el camino nuevamente. Mientras caminamos junto a Sebastián y Mariano. Germán me dice, “el chabón vive en frente de casa y cada vez que me cruza por la calle me invita a fumar. Siempre que tiene se porta el loco, por eso le tiro faso”.

Vemos aquí cómo el don es gesto de gratitud que toma por sorpresa e introduce “buena onda” entre los actores. Uno de ellos, invita de vez en cuando al otro a fumar al cruzarlo en la calle, y cuando menos lo espera, le devuelven los favores y le regalan hasta todavía algo mejor de lo que donó en otros momentos, ya que las flores gozan de mayor estima que la marihuana prensada, sobre todo si las primeras son el producto de la cosecha propia. Pero además, esa donación no termina ahí, ya que el donado a la vez se convierte en donante y “le zafa la careta” a todos los que están con él. Más aún: el donante primero (Germán) es donante por partida doble, ya que dona a Fabián y a través de éste, dona al resto del grupo que se encuentra con el último.

### **“Me crucé al pibe éste”**

Es interesante ver cómo el que dona se da a conocer. Camina por la calle recibiendo saludos de “los pibes” porque éstos saben que “el chabón aporta”. Aportar aquí significa regalar,

---

<sup>6</sup> Francisco (22) no cuenta con un empleo formal. Tiene una hija de 4 años con Daniela (24), quien forma parte de la Policía de la Ciudad. Los tres viven en la misma casa en el barrio.

<sup>7</sup> En ese momento Francisco vendía la bolsa de cocaína a 250 pesos y contenía algo menos que 1 gramo.

<sup>8</sup> Fabián (36) es soltero y vive con su familia: madre, hermano, hermana y sobrinos. Terminó el secundario y no cuenta con trabajo formal. Se dedica a lavar coches y micros en la vereda de su casa, los cuales pertenecen a los dueños del taller de la esquina de donde vive.

<sup>9</sup> Germán (31) no tiene hijos y vive con parte de su familia: padre, madre, abuela y hermano. No tiene un empleo formal.

ejercer el don. No hace falta ser amigos, no hace falta ser conocidos, no hace falta “parar” en esa esquina, no hace falta ni siquiera que se sepan los nombres de unos y otros. Alcanza con que haya donación. La donación funda una camaradería espontánea que en algunos casos durará lo que dura el encuentro. Una camaradería que retorna con la devolución de lo dado. Es decir, el don crea vínculos que pueden terminar en amistad, grupalidad o que simplemente “esté todo bien” y que se correspondan saludos al pasar. El don activa la grupalidad pero también la “encanta”, puede llegar a transformarla en amistad. Pero la amistad no es una condición previa para que tenga lugar el don. Me tocó entender esto en una situación particular:

Un viernes a la tarde de noviembre de 2018, Sebastián y yo nos encontramos en la vereda del almacén de enfrente de la casa de Germán. Pasan muchas personas y nos saludan. Nosotros devolvemos los saludos porque las conocemos, pero en un momento se acerca un chico de unos 22 años y saluda primero a Sebastián y luego a mí. Hablan un rato, comentan que la noche va a estar linda para unos tiritos, y el chico después sigue su camino. Sebastián me dice, “el otro día me tomé una bolsa con el pibito este. No sé ni cómo se llama (risas), pero es re copado. Se mudó hace poco. Vive acá a la vuelta, con la novia. El vago y la piba venden faso. Reparten paquetitos de 100”.<sup>10</sup> “¿Y cómo lo conociste?”, le pregunto. Sebastián responde: “Hace un par de sábados a la noche volvía de allá [señala para uno de los barrios vecinos], del fondo, ¿viste? Estaba solo... Bueno, venía caminando y el pibe me llama. Yo ya lo tenía de vista, pero nunca hablamos. Me llama y le digo, ‘¿todo bien?’. ‘Sí’, me dice el pibito. ‘Todo bien, amigo, ¿querés fumar?’. ‘Bueno’, le digo yo. Y nos quedamos fumando un rato. Chamuyamos abajo del árbol (risas).<sup>11</sup> La cosa es que otro sábado yo ligué una bolsa. Pasó Luís<sup>12</sup> y me la tiró, de onda. Pero yo no quería tomar sólo. No me gusta. Bueno, salí a caminar para ver si encontraba a alguien y me crucé al pibe éste. Le dije, ‘amigo, ¿da para tomar una bolsa? Yo te invito loco, está todo bien’. ‘De una’, respondió el chabón. Así que nos quedamos ahí, tomando. Y después, otra vuelta, el chabón me cruza y me pregunta si sabía dónde conseguir merca. Le dije que

---

<sup>10</sup> Un paquete de 100 pesos de marihuana prensada alcanza para armar dos cigarrillos.

<sup>11</sup> Referencia a una frase de una canción de La Renga, La Balada del Diablo y la Muerte: “y bajo un árbol del otoño nos quedamos chamuyando”.

<sup>12</sup> Luís (52) tiene un hijo de 15 años y está separado. Vive en la casa de sus padres junto a ellos y a sus hermanos. Se dedica a la quiniela ilegal en el barrio. Levanta pedidos yendo a la casa de sus clientes en bicicleta.

podía ver, pero... justo justo, no te miento eh, justo veo que pasa Guillermo<sup>13</sup> en el coche y le digo que pare. Bueno, le hice la onda ahí, el chabón pegó y me invitó a tomar”.

Así, el don, además, es un recurso para no “curtir” solo, ya que a veces tal situación llama al “bajón” y es algo a evitar en la medida de lo posible, de acuerdo con lo que presencié y/o escuché en más de una ocasión. Compartir las drogas es evitar el bajón, esquivarlo con otras conversaciones que habilita el convite. Compartir drogas es una forma de rescate, de garantizar que la cabeza no se vaya lejos. Sebastián lo comentaba de la siguiente forma:

No me gusta tomar solo. No quiero tomar solo porque me persigo, ¿viste? Me agarra el bajón cuando se termina la merca y empiezo a pensar que no tengo laburo y esas cosas. Prefiero tomar con alguien, así hablo y me distraigo, sino me pongo muy ansioso. Por eso cuando tengo una bolsa salgo a buscar a alguien para compartir, así pasamos el rato.

Por lo tanto, el don ofrece no solo la posibilidad de conformar vínculos que permitan luego seguir estableciendo lazos fundados en el compartir, sino que también es importante el compartir en el momento como forma de no estar solo y “comerse el mambo”, o sea, que “pegue mal”. Es decir, el don es una de las formas que alguien puede tener a mano para pasarla bien, para que “pegue tranquilo”.

### **“Algún favor después le sacás”**

Cuando el don no es correspondido de forma semejante, puede que aquel que suele donar sea el que busque que el don le sea devuelto, aun por medios alternativos, transformando la contraprestación hacia él, es decir, cambiando drogas ilegalizadas por acceso a las mismas. Aprecié algo de esto en una oportunidad en la cual vi que Germán hacía las veces de donante en relación a Fabián y su grupo, sólo que unos minutos más tarde, cuando se detuvo a hablar con otro vecino:

---

<sup>13</sup> Guillermo (45) vende bolsas de cocaína de más o menos un gramo, las cuales cuestan 200 pesos cada una, aunque también arma las bolsas de acuerdo a la plata que se quiera pagar. Toma los pedidos por medio de whatsapp y recorre el barrio en auto en tres horarios diferentes: mediodía, siesta y noche, ya que a la mañana y a la tarde atiende su comercio en su lugar de residencia. En general, viene al barrio acompañado de su novia o primo, quien recibe la plata mientras él arma las bolsas.

Al volver de lo del chanta, Sebastián y Mariano van más adelantadas, ansiosos por llegar, cantando y saludando a todo aquel a que cruzan, quienes evidentemente se dirigen al mismo lugar del que nosotros venimos, ya que preguntan si está “eso”. Germán y yo vamos atrás, demorados, y entonces nos detenemos en la esquina anterior a su casa porque el primero le convida faso a Raúl.<sup>14</sup> Nos quedamos hablando un rato con él y éste me explica, mientras nos ofrece cerveza, que a Germán lo quiere mucho porque “es igual al padre, quién también solía compartir con la gente del barrio”. Al retomar la caminata, Germán dice, “siempre le convidó a Raúl cuando estoy fumando. Con el no tomo merca ni en pedo porque es re cargoso, se pone denso, pero le paso unas secas de faso, porque está todo bien con el chabón. No te va a convidar nada porque se hace el que no tiene, pero de última algún favor después le sacás. Al menos te llevás bien con alguien más del barrio que no es careta o podés usarlo de línea, como último recurso”.

En este sentido, vemos que se le convida “faso” a alguien que suele compartir poco, pero con el cual “está todo bien”. Entendí que de todas formas, algo se obtiene a cambio en otro momento, sea una buena relación de la que se puede hacer uso en otra ocasión o una “línea” para conseguir alguna “nota” cuando se quiera “pegar” algo. El intercambio se vuelve en diferido. Germán mismo confirmó lo que yo venía pensando con respecto a esto:

“Raúl te hace la onda para pegar si vos le convidás faso. Si no tenés nota, te vas para la esquina de la iglesia y en algún momento aparece. Le decís que llame al chanta y lo llama. No te pide nada de lo que comprás porque vos ya le diste faso cada vez que te lo cruzaste. Igual, olvidate que te convide algo, por eso hay que sacarle otra cosa a cambio.”

El don organiza las relaciones de intercambio entre los usuarios de drogas ilegalizadas. “Hoy por vos mañana por mí”. El intercambio se vuelve diferido, se cobra en otra ventanilla, pero se devuelve, ya que la devolución es una manera de seguir participando de la cadena de regalos, de las grupalidades. Pero tal devolución no se espera de forma pasiva, ya que quien

---

<sup>14</sup> Raúl (44) se encuentra divorciado, tiene un hijo y vive solo. No cuenta con trabajo formal, se dedica a hacer trabajos de electricidad cuando lo llaman los residentes del barrio o hace conexión clandestina de televisión por cable o de luz.

donó y sabe que se está en deuda con él, emprende acciones para que el don le sea devuelto, de la manera que sea y en el momento que se pueda.

### **“Sé que en abril el chabón tiene flores”**

A través del don se acumula *capital social* (Bourdieu y Wacquant, 2014). Los actores van acumulando contactos que el día de mañana pueden ser utilizados para devolver lo donado, directa o indirectamente, pero también para seguir participando de la cadena de regalos. Porque además, de esa manera se extienden las posibilidades de acceder a drogas ilegalizadas. Se ganan “líneas”, “notas”, debido a que en ocasiones el acceso a la compra de drogas ilegalizadas se dificulta, ya sea porque escasea o porque los vendedores son demasiado selectivos, es decir, sólo le venden a número muy reducido de usuarios debido a que tratan de “hacerla de callado”, por cuestiones de seguridad o para no tener problemas con la policía. Por ejemplo, en más de una ocasión Germán le envió whatsapp a Claudio<sup>15</sup> para que le consiga “faso” o cocaína en lo de un vendedor que restringe bastante su clientela. Así, Claudio siempre accede a venir a buscar plata a lo de Germán, ir en bicicleta a lo del vendedor y volver para dejarle al segundo lo que pide, sin reclamar nada a cambio. En este sentido, el don funciona en diferido, con el paso del tiempo, pero a la corta o a la larga lo donado vuelve, aunque sea materializado no en drogas ilegalizadas, sino en acceso a ellas. En una oportunidad le pregunté a Claudio a qué se debía que se tomara el trabajo de hacerle de “correo” a Germán. Me contestó lo siguiente:

“Pasa que el chabón siempre se porta conmigo, ¿entendés? Por eso yo agarro la bici y le traigo lo que me pide, porque sé que en abril el chabón tiene flores, y así como tiene, viene y me convida o me manda mensaje para que vaya a la casa y lo ayude a cosechar. Mientras recortamos fumamos, después me da para que me lleve. Así que yo le hago mandados, está todo bien. Al chabón lo banco porque conmigo comparte.”

En este caso, la relación de don entre Germán y Claudio comprende tanto el intercambio de drogas ilegalizadas o la prestación de otros servicios (ir a buscar drogas fuera del barrio, facilitar contactos donde “pegar” drogas). Así lo cuenta Claudio:

---

<sup>15</sup> Claudio (35) tiene un hijo (8 años), está separado y trabaja en blanco en una fábrica de zapatillas en Rafael Calzada hace 5 años. Terminó el secundario y vive solo. Actualmente se encuentra terminando su casa en un terreno que compró en Alejandro Korn.

“Y cuando tengo faso agarro la bici y encaro para lo de Marcelo o Germán. Viven uno al lado del otro, así que prendés un faso y te aparecen los dos (risas). Siempre vamos y vamos con el faso, o si no nos invitamos a tomar merca también. O a veces le consigo faso o merca y arranco para casa porque tengo que hacer cosas, más allá de que el chabón siempre algo me va a tirar.”

Es decir, Claudio no es un actor desinteresado, sino que entabla con Germán una relación de beneficio mutuo. El interés está puesto en diferido, se desplaza en el tiempo. Si miramos los hechos en sí, la acción puede ser vista como desinteresada, pero cuando reponemos el tiempo, nos damos cuenta que los servicios que se prestan son una forma de retribuir lo dado, pero también la manera de hacerse otra vez merecedor de una nueva donación. Hay que poder entender que se trata de relaciones que vienen desde antes y no tomar los “mandados” como hechos aislados. Además, tengamos en cuenta que los usuarios no siempre tienen trabajo, es decir, no siempre andan con plata en el bolsillo o la plata no alcanza. De modo que la forma de seguir participando de las drogas, implica asumir las reglas que organizan el juego: una de ellas es el don.

### **“Sacame la careta, chabón”**

Tener en cuenta que las donaciones son en contexto, nos ayuda además a pensar lo interesado de lo supuestamente desinteresado en el don. Así, fueron varias las veces en las que observé que a Germán le pidieron una “tuca” mientras caminábamos por la calle. También pude notar que directamente le enviaban whatsapp para “manguearle”, o pude presenciar cómo le fueron a pedir a su casa. Si bien en un principio me pareció que tal vez se aprovechaban de él - porque nunca se negaba-, con el tiempo, y a medida que lo veía relacionarse, comprendí que no era tan simple su forma de vincularse al interior del barrio. Al contrario, mirando con atención deduje que no es un donante “ingenuo”, despreocupado, desinteresado. Aunque no sea en el momento, él sabe que más temprano que tarde puede tener a cambio sus beneficios, los cuales muchas veces no son en devolución en drogas ilegalizadas, sino mediaciones para el acceso a las mismas. No lo comprendí cuando me señaló que por ese motivo invitaba a fumar a Raúl, pero sí me resultó más revelador cuando Sebastián me lo expuso con un ejemplo concreto:

En un mediodía de domingo, corriendo el mes de abril de 2018, me cruzo con Daniel<sup>16</sup> en la puerta de la iglesia. Ambos nos dirigimos a hacer las compras. Le pregunto cómo está y me contesta, “ando bien, pero careta. Tengo ganas de fumarme una tuca al menos, pero no sale nada”. Justo en ese momento viene Germán y se pone a hablar con nosotros. Al igual que a mí, Daniel le comenta que no tiene para fumar. Dice, “sacame la careta, chabón. Tirame una tuca al menos y yo me arreglo”. Al instante, Germán se quita la mochila y de la misma extrae un frasco de plástico, luego lo vuelca sobre la palma de la mano y caen varias tucas. Germán agarra tres y se las da a Daniel, quien se muestra muy agradecido.

Al otro día me encuentro con Sebastián y me comenta que durante la tarde del día anterior fue a buscar a Germán para invitarlo a tomar una bolsa de cocaína, pero ninguno de los dos tenía dónde conseguir algo en ese momento. Así que fueron hasta la casa de Daniel y le pidieron algún número para poder comprar. Daniel les dijo que él podía ir y traerles una bolsa. A los 30 minutos, Germán y Sebastián tenían la cocaína sin tener que haber dado nada a cambio, ya que el “favor” de Daniel de ir a comprar para ellos, se debía a que en la mañana Germán le había convidado unas tucas.

De nuevo, si no entendemos que hay una relación directa entre lo donado por Germán y la devolución en forma de “correo” por parte de Daniel, y vemos a ambas como acciones aisladas, perdemos de vista que tales “favores” son interesados. Si solo presenciamos lo convidado por Germán o la devolución de favor de Daniel, no alcanzaremos en darnos cuenta del don. Para reconocerlo hay que reponer el contexto y rastrear las trayectorias del don, hay que prestar atención a lo que los actores hacen. Solo de esa manera reconocemos el don y nos insertamos al interior de la red de relaciones.

### **“¿Tenés la nota?”**

Otra forma de que el don circule, es que quien está en deuda sea el que tome la iniciativa en transformar lo que debería ser una devolución en drogas ilegalizadas por acceso a ellas, pero no consiguiendo vendedor, sino haciendo que sea otra persona quien convide. Así, quien está

---

<sup>16</sup> Daniel (31) vive en el terreno de su familia, pero en su propia casa junto a su esposa (28) e hija (4). No terminó el secundario y no tiene trabajo formal. De vez en cuando hace trabajos relacionados a la mecánica y la albañilería.

en deuda se posiciona en el rol de nexos entre personas. Se trata de hacer la devolución a través de un tercero que es un par:

Un viernes de marzo de 2018 me encuentro junto a Germán en su pieza y cerca de las 20 hs., Mariano y Sebastián lo llaman desde la vereda. Salimos y le dicen a Germán, “¿tenés la nota? Andamos con algo de plata, pero no tenemos dónde pegar”. Germán les contesta que sí y hace el encargo. A las 22 hs. llega Guillermo con las bolsas y Sebastián, Mariano y Germán las abren en la pieza de este último.

El dinero para comprar cocaína era de Mariano, Germán fue quien facilitó el acceso a la misma y Sebastián, por su parte, intervino para complementar lo que el primero y el segundo tenían para aportar. Así, Sebastián participó en “la movida” consiguiendo a alguien que tenía acceso a un vendedor, y a la vez, trajo consigo a Mariano para que pague cocaína que le sea convidada a Germán, devolviendo de esta manera dones anteriores por parte de aquel. Es decir, Sebastián fue un nexo por medio del cual se materializaron contraprestaciones en la persona de Mariano y Germán, haciendo que cada uno sea el vehículo de devolución con respecto al otro de ellos.

#### **“Agarré el único faso que tenía y se lo llevé a la casa”**

Otra arista interesante de la contraprestación es que no necesariamente tiene que suceder en el momento o durante el mismo día, tampoco tiene que devolverse una cantidad semejante y ni siquiera la misma droga ilegalizada. Puede devolverse con el tiempo, directa o indirectamente, es decir, a través de terceros, involucrando a otros donantes (como ya vimos), o por medios de otros servicios o bienes. Así lo cuenta Sebastián:

“Germán siempre me convida faso o me invita a tomar merca cuando tiene. El chabón no se corta solo, así que cuando me pide y yo tengo, algo le doy. A veces el chabón no tiene y yo sí, y se lo doy, aunque me quede sin nada. Una vuelta me mandó un mensaje un sábado como a las 2 de la tarde para pedirme ‘un faso al menos’, porque se iba al cine con la novia. Bueno, yo agarré el único faso que tenía y se lo llevé a la casa antes de que arranque para lo de la novia, porque el chabón se porta siempre y no lo voy a dejar tirado.”

Así, entendí que Sebastián lo percibe de esa forma. Para él, lo importante es “portarse” con quien siempre lo hace, y no dejarlo “tirado”. La manera de devolver el regalo será con otro regalo:

Nos encontramos en la pieza de Germán un domingo a la tarde de mayo de 2018 y Sebastián llama a su casa. Germán le abre y cuando Sebastián entra le muestra una bolsa de cocaína. Le dice, “estaba al pedo en la esquina de casa y pasó Mario en la bici y me preguntó si quería una bolsita. Yo le dije que no, no tengo plata. Me dijo que no importa, que me la regalaba. Y bueno, me vine para acá. Salgo sorteado yo, salimos sorteados los dos, ¿o no?”.

Aquí, vemos que se trata de devolver el favor apenas se pueda y con lo que se tenga a mano, sin calcular si el otro dio más o dio menos. No es necesario devolver el favor con creces. Acá lo importante es devolver, aunque lo que se devuelva no se corresponda con lo recibido. Tal vez eso sea así, porque el don no es un hecho aislado sino que está inscripto en una cadena de regalos, un continuo que no se sabe muy bien cuando empezó y se sospecha que no terminará enseguida.

### **“Estaba cargoso el chabón”**

Ahora bien, en relación a las situaciones en las cuales un usuario invita a otro cuando el segundo no lo espera, me tocó presenciar una escena en la que noté una cierta incomodidad en aquel que supuestamente iba a ser destinatario del don. Hablando de la situación concreta, puede que haya sido resultado de diversos motivos, pero se me ocurrió pensar que Sebastián, al ser receptor del don la mayoría de las veces, cada vez que tiene la oportunidad invita a Germán e insiste en que quede claro que lo está haciendo. Pero este último, en aquella ocasión, tenía otros planes. Aunque no manifestó malestar en presencia de Sebastián y tampoco negó en querer recibir el don al menos en principio, sí fue perdiendo las ganas de acceder a la prestación a medida que transcurrían las horas y no conseguían cocaína:

Es un jueves de diciembre de 2018 cerca de las 20 hs. y nos encontramos hablando con Germán en la vereda de su casa. En un momento le llega un whatsapp de Sebastián, quien le dice que encargó una bolsa y lo invita a tomar. Germán le responde que venga y a los pocos minutos llega Sebastián. Luego entramos en la pieza de Germán y dice que tiene un faso para compartir mientras esperamos el

mensaje por parte de Francisco, el satrán de Sebastián. Fuman y escuchan música, pero Francisco no responde, hasta que en un momento Sebastián se cansa y dice que lo acompañemos a uno de los barrios de al lado, ya que ahí conoce a alguien que puede conseguir. Lo hacemos. Pero en el camino, Sebastián da muestras de un malestar debido a no poder invitar a Germán. Dice: “-el chabón me está cargando. Me dice a tal hora y después me deja tirado. Cualquiera! Igual, yo por vos, porque quiero invitarte. Esa es mi bronca”. Germán responde que “no pasa nada, que se quede tranquilo”, ya que de última hay un faso más en su casa y se quedan fumando, pero Sebastián parece dispuesto a conseguir cocaína sí o sí.

Llegamos a la esquina de la casa del conocido de Sebastián y nos dice que tenemos que caminar tres cuadras, hasta la casa de un amigo de él, que a la vez va a enviarle un whatsapp a un pibe que vende cocaína. Una vez allí, los intentos siguen siendo en vano, debido a que no hay posibilidades de comunicarse con la persona adecuada, por lo que emprendemos de nuevo hacia la casa de Germán.

Durante el camino de vuelta, Sebastián da muestras de un malestar mayor y vuelve a repetirle a Germán que quiere conseguir para invitarlo a él. La respuesta por parte del último vuelve a ser que “no pasa nada, porque es jueves y se está haciendo tarde, y podrían dejar la invitación para el fin de semana”.

Llegamos a la casa de Germán y Sebastián comprueba, enojado, que Francisco todavía no contesta, así que el primero vuelve a intentar tranquilizar al segundo mientras enciende un faso. Nos quedamos en la pieza, hablamos, escuchamos música y va pasando la hora, siendo casi las 00 hs. De repente Sebastián se levanta y dice: “-Bueno, me voy, Tengo la re bronca porque te invito y no sale nada. Yo por vos, porque te invité. Igual voy a ver si me contesta y vuelvo. Así me conteste a las 2 de la mañana te vengo a buscar y te invito a tomar”. Germán contesta, “No, dejá. Ya va a ser tarde y mañana tengo que hacer cosas. Lo dejamos para el fin de semana”. Sebastián dice que sí, que está bien pero antes de irse vuelve a repetir que su bronca es porque quería invitarlo y no se dio, y que si le contesta más tarde, viene igual.

Una vez que se va Sebastián, Germán me dice, “estaba cargoso el chabón. Si salía temprano está bien, pero tampoco nos vamos a quedar manijas hasta la madrugada para ver si sale una bolsa”.

Pero más allá de que la situación comenzaba a generar malestar en Germán, me pregunté si además de eso no contribuyó en su molestia el hecho de que Sebastián se mostraba ofuscado

demasiadas veces, y de forma exagerada, por la falta del acceso a la cocaína. En lo personal, no vi que Germán tuviese las mismas ganas que Sebastián de conseguir cocaína ese día. Noté que solamente accedió porque Sebastián lo invitó, pero al pasar el tiempo, tener que caminar y además empezar a soportar los arrebatos de su amigo, fue perdiendo todo interés. Mucho menos tenía ganas de que Sebastián vuelva a buscarlo a las 2 de la mañana un jueves. Este era un regalo que se demoraba en el tiempo, con muchos rodeos que pueden desalentar a cualquiera. De esta forma, concluí que no hay que dar por descontado que el don se acepta sin más. Si el regalo se demora en el tiempo, si viene con muchas vueltas, si la promesa del regalo aceptado se frustra, entonces, estamos o podemos estar de nuevo en el punto de partida. De hecho, la frustración del regalo prometido termina siendo más una molestia que una buena manera de pasar el rato.

### **“Agarrate una, pega una banda esto”**

Para dar cuenta de otro modo de circulación del don, Sebastián, Marcelo, Claudio y Daniel me comentaron que cuando Germán tiene flores de su propia cosecha, suele hacer bizcochuelos con ellas y sale a repartir porciones por el barrio, ofreciendo a cualquiera que cruce y quiera probar un poco. Lo interesante aquí no es que sólo convida, sino que las porciones de bizcochuelos suelen llegar de forma indirecta a otros actores barriales, los cuales luego le agradecen a Germán en persona. De esta manera, por fuera de las intenciones del donante, su donación llega a usuarios de drogas ilegalizadas que en ningún momento tuvo en cuenta cuando se dispuso a compartir. Así, el don se abre camino estableciendo vínculos mediados, interconectados a través de actores en común. Podemos citar dos comentarios que aluden a las formas indirectas o mediadas a través de las cuales circula el don.

Una tarde de sábado de mayo de 2018 en la que nos encontramos Mariano, Sebastián, Germán y yo en la vereda del almacén de en frente de la casa del último, se acerca Raúl para comentarle que Daniel le convidó un poco de bizcochuelo:

“Boludo, ¿qué le pusiste a ese bizcochuelo? Me lo crucé a Daniel re loco y me dijo, esto que me pasó Germán’. Y bueno, yo le mandé. Comí y me fui a comprar unas cosas. Pasó un rato y empecé a sentirme raro. Entonces, me fui para casa y no sé hasta qué hora estuve así. Me cagué de risa toda la tarde. Me crucé a Daniel de nuevo y nos cagábamos de risa juntos. Vos le diste a él, él me dio a mí y estuvimos re locos. Un groso el chabón (señalando a Germán).”

La segunda escena involucra a Matías,<sup>17</sup> quien me contó lo que había sucedido un sábado a la tarde, durante abril de 2018:

“Una vuelta estaba en casa, no sé qué estaba haciendo. Era un sábado, así que seguro que estaba al pedo. Bueno, en esa cae mi hermano Mariano con dos porciones grandes de bizcochuelo. Me dice: ‘Mirá lo que me dio Germán. Agarrate una, pega una banda esto’. Y yo agarré. Me fijé y se notaba todo el faso. Todo verde estaba (risas). Bueno, comí y me quedé viendo la tele un rato. Y en eso, no sé cuánto tiempo pasó, quedé re loco de golpe. No entendía nada. Estuve así unas cuantas horas. Después, al otro día, me lo crucé a Germán y le conté. Nos cagamos de risa. Yo le re agradecí al chabón. Le dio a mi hermano, pero me llegó a mí también. Así que mató la onda del chabón.”

En la escena que acabamos de contar resulta interesante ver cómo el don se realiza de forma indirecta, ya que nunca vi que entre Germán y Matías compartan de forma directa alguna droga ilegalizada. De modo que me di cuenta de lo siguiente: si solamente tenemos en cuenta a las relaciones de intercambio en su forma directa, el don tendría un alcance bastante limitado, ya que se detendría en las personas con las cuales se comparte de primera mano. Pero el comentario de Matías me hizo ver las cosas de otra manera: las relaciones de intercambio se desplazan en el tiempo, se prolongan, se demoran, pero además se extienden a través de una red de relaciones que excede las grupalidades particulares. El don abre al grupo, extiende el universo de relaciones, es una fuente de generación de nuevos vínculos, la mejor excusa para tejer otras relaciones, conocer gente, etc. En otras palabras: el don funda el lazo social.

### **“Hacé un cambiaso y fue”**

Continuando con las múltiples manifestaciones del don, en una oportunidad observé que éste puede hacerse presente en tipos de intercambio que están cerca de entenderse como si fuesen “trueques”. Por lo menos eso interpreté cuando vi que se intercambiaban droga ilegalizada por otra droga ilegalizada sin dinero de por medio:

Es un jueves a la noche de diciembre de 2018 nos encontramos Marcelo, Claudio, Germán y yo. Ellos fuman marihuana y toman cerveza mientras hablan de sus

---

<sup>17</sup> Matías (42) tiene un hijo de 17 años y se encuentra separado. Vive en la casa de sus padres junto a ellos y 4 de sus 7 hermanos, más las respectivas parejas e hijos. Trabajo de mecánico en el taller de su hermano mayor.

familias, trabajos y estudios. Al rato llega Gustavo<sup>18</sup> y le pregunta a Marcelo si tiene alguna nota. Marcelo contesta que sí y le pregunta cuánto quiere. Gustavo le dice que quiere comprar por 600 pesos. Marcelo llama a Guillermo y éste llega a los 10 minutos. Marcelo se acerca al auto, realiza el intercambio y le lleva tres bolsas de 200 pesos de cocaína a Gustavo, quien dice, “ah, pero es merca. Yo no quiero tomar ahora. Pensé que salía faso. Quiero fumar un rato”. Entonces, Marcelo le dice a Germán, “gordo, vos tenés faso. Hací un cambiaso y fue”. “De una, te cambio una bolsa por algo de faso”, le comenta Germán a Gustavo. El último responde, “bueno, tirame algo de faso y pongo una bolsa para todos”. Así, Germán va a buscar un pedazo de faso y Gustavo abre una bolsa para compartir.

La situación recientemente descrita, me permitió volver sobre una escena anterior en la que sucedió algo parecido, pero sin duda más compleja, ya que además de trueque, también hubo dinero de por medio:

Un sábado a la noche de mayo de 2017 nos encontramos Germán, Sebastián, Mariano y Marcelo en la esquina de la casa del primero. Ellos esperan que pase alguien que pueda aportar el número de algún vendedor, pero esa noche no tienen suerte. En un momento aparece caminando por la calle Javier<sup>19</sup> y Germán le pregunta si les consigue cocaína, y a cambio, le regala una bolsa de flores de su cosecha. Javier accede, llama a un vendedor y luego junto a Germán vamos a esperarlo en la puerta de la iglesia. Cuando llega, Germán le compra cocaína. Pero antes de irnos, escucho que el vendedor le pregunta a Javier qué tiene en la bolsa y éste le contesta que lleva flores, y agrega, “te la cambio por tres bolsitas de base”. El vendedor acepta.

Vemos aquí más de un intercambio, más allá de la transacción de dinero por cocaína entre Germán y el vendedor. Primero, Germán y Javier intercambian flores por acceso a cocaína. Luego, Javier y el vendedor intercambiaron flores por pasta base. De este modo, Germán

---

<sup>18</sup> Gustavo (40) se encuentra casado y vive con su esposa y dos hijas menores. Es dueño de una carnicería cerca del barrio.

<sup>19</sup> Javier (32) vive en un barrio vecino junto a su novia y una hija de 1 año que tuvieron juntos, además de 3 hijos que ella tuvo con otras personas. Javier también tiene un hijo de 10 años, el cual vive con su madre. Hace tres años que Javier volvió de Estados Unidos, en donde su ex cuñado, dueño de una pyme allí, lo empleaba. Según él, regresó porque extrañaba el barrio y allá se aburría, a pesar de que ganaba dinero en dólares. Acá trabaja haciendo changas de albañilería o electricidad de vez en cuando. Al igual que otros pibes de su generación, estuvo internado para intentar rehabilitarse del uso abusivo de pasta base.

utilizó sus flores para tener acceso a un vendedor de cocaína. Por lo tanto, lo que intercambié fue droga ilegalizada por acceso a otra droga ilegalizada, no siendo un trueque directo de las mismas y teniendo que pagar la cocaína. A la vez, Javier intercambié acceso a droga ilegalizada por droga ilegalizada en un primer momento, para transformar a la primera en otra droga ilegalizada. Por último, el vendedor obtuvo dinero por cocaína y flores por pasta base, es decir, transacción y trueque a la vez. Así, el don se solapa al trueque. Sucede que tanto el don como el trueque son dos formas de organizar los intercambios, pero mientras el don prolonga las relaciones (encantadas) en el tiempo, el trueque agota las relaciones (desencantadas) en el momento en que tiene lugar.

### **“Nos convidamos entre nosotros”**

Un relato como el que expondré a continuación, manifiesta un tipo de relación muy particular. A lo largo de mi investigación pude notar que el don entre actores que siempre se hacen devoluciones semejantes sucede de forma diferente, y además, establece la posibilidad de asegurarse, en la medida de lo posible, que pocas veces uno va a quedarse sin drogas ilegalizadas:

Una mañana de domingo de abril de 2017 me encuentro junto a Marcelo en la parte de la vereda del fondo de la casa de Germán, en la cual el primero suele sentarse a fumar. Además de Marcelo y yo, también está Ramón<sup>20</sup> y su cuñado. Marcelo no tiene para fumar y le manda whatsapp a Germán para que le convide flores, ya que por esos días éste tiene de su propia cosecha. Como Germán no contesta, Marcelo me pide que lo acompañe a la casa de aquel. Una vez allí, Marcelo llama y sale la abuela de Germán. El diálogo que pude registrar es el siguiente:

-Abuela de Germán: No está tu amigo.

-Marcelo: Bueno abuela, ábrame la puerta igual, así paso a buscar algo.

-AG: Ya desde temprano querés fumar vos (risas). Bueno, ahí te abro.

-M: Gracias abuela (risas). Le voy a sacar un poco de faso al gordo así fumamos con los vagos acá a la vuelta.

---

<sup>20</sup> Ramón (45) al momento de la investigación se encontraba desempleado, pero desde hace unos meses trabaja formalmente en una empresa de transporte. Vive con su esposa y su hija menor de edad. No tiene estudios secundarios y estuvo preso unos meses, debido a que fue acusado de haber violado a una chica, pero luego de varias movilizaciones por parte de personas del barrio y de haberse comprobado que “le armaron” una causa, fue liberado.

Una vez dentro de la pieza de Germán, Marcelo abre un cajón y busca una bolsa, luego se dirige hacia una caja de cartón grande, la cual está llena de cogollos, y después mete bastante en la bolsa. Pero antes de salir me dice, “bancá, le doy un poco de la pipa así salgo re loco. Total está todo bien con el gordo, siempre nos convidamos entre nosotros”. Así, mientras nos encontramos dentro de la pieza, Marcelo me dice que con Germán se llevan bien porque siempre comparten entre ellos, porque no se mezquinan nada y cuando uno tiene faso, convida, y cuando el otro tiene merca, también. Según él, así construyeron una relación que les permite a ambos siempre tener pocas chances de quedarse sin fumar o tomar merca, cosa que con otros no se puede hacer porque, según ellos, todo el tiempo buscan sacarte ventaja.

Este tipo de funcionamiento del don requiere ganarse la estima entre los donantes, ya que no funciona de la misma forma si no se realizan devoluciones más o menos acordes a lo esperado en tiempo y forma por los partícipes. Se trata de ganar prestigio, de acumular un *capital simbólico* (Bourdieu y Wacquant, 2014) que permita que entre donantes se tenga en cuenta al otro como alguien que siempre “se porta”, aquel que “zafa la careta”. Pero una cosa era ver y escuchar lo que me decía Marcelo y otra muy distinta presenciar este intercambio en directo, para poder comprobar qué sucedía desde la perspectiva de Germán.

Con el tiempo noté que había algo en la relación entre ellos que Marcelo no me decía. No necesariamente porque quisiera ocultarlo deliberadamente, sino porque no se detenía a pensarlo y daba por hecho que la relación debía ser así, o había naturalizado una determinada forma de pasar el rato con Germán. Con el paso del tiempo pude darme cuenta de qué se trataba: A lo largo de los encuentros que presencié, ambos se hacían devoluciones una y otra vez. Una de las últimas ocasiones en las que presencié que Marcelo le realizaba una donación a Germán fue la siguiente:

Es una noche de sábado de diciembre de 2018 y estamos con Germán en el patio de su casa. Hablamos y escuchamos música, y cada tanto él se fija si Marcelo le responde los whatsapp para poder comprar faso, así fuman juntos. Ya se acerca la medianoche y Germán me comenta que como “no sale nada”, entonces va a acostarse. Pero al instante le llega un whatsapp de Marcelo en el que le dice que tiene un faso y que en un rato pasa así fuman. Luego de 30 minutos, Marcelo se acerca al patio de Germán y este le abre la puerta. Marcelo va directo hacia la pieza y le dice, “mirá lo que tengo,

gordo. Le mandé mensaje a Guillermo y me tiró una bolsita y me vine para acá. Zafamos”.

Así, se “zafan la careta” uno al otro cuando no hay nada. Si bien Marcelo “salió sorteado” con la cocaína y pudo haber hecho uso de la misma de forma individual sin decir nada, en cambio fue a lo de Germán y la compartió con él:

Luego de que se toman dos rayas cada uno, salimos al patio y nos quedamos hablando. Germán me dice, “me re zafó el gordo, ya me estaba acostando. Pero ahora nos vamos a quedar un rato tranquilos acá”. A lo que Marcelo contesta, “sí, justo salió. Y bueno, me vine para acá así la comparto con él. Pero mejor si estamos acá así no se acerca ningún sogá, sino te la quieren tomar toda”.

La misma situación pude ver cuando es Germán quien tiene cocaína:

Es un sábado de septiembre de 2018 a la noche y nos encontramos en la pieza de Germán. Recién llega de la casa de su tío,<sup>21</sup> en dónde consiguió dos bolsas de cocaína. Mientras abre una bolsa, hablamos y me comenta que va a escribirle a Marcelo así toman juntos. Le escribe un whatsapp en el que le dice: “-gordo, ¿quierés tomar?”. Marcelo contestó: “-sí, ahí voy”. A los 2 minutos Marcelo ya está en la pieza de Germán y me comenta lo siguiente: “me re zafó. Yo me estaba acostando ya, si no salió nada. Tiré mensajes y nada. Pero bueno, salió. De la nada me mandó mensaje y vine. Me avisa porque yo siempre le aviso a él cuando tengo y lo invito a tomar”.

Más allá de haber comprobado la paridad que existía entre Marcelo y Germán, entendí cómo interpretar lo que venía notando de su relación hace tiempo. En general, tomaban cocaína juntos, pero salvo algunas ocasiones, hablaban muy poco. Germán solía quedarse callado y escuchar música y Marcelo no tardaba en sacar su celular y ponerse a jugar. Así se quedaban hasta que Marcelo, muchas veces de la nada, se levantaba y se iba luego de mirar por la ventana de la pieza o a través de las rejas, si estaban en el patio. Cuando Marcelo decía que se iba, Germán no le respondía que se quedara, se limitaba a abrirle la puerta. En una

---

<sup>21</sup> Es muy frecuente que Germán consiga marihuana y cocaína donde vive su tío. Allí, la marihuana de 25 gramos cuesta actualmente 800 pesos y la bolsa de cocaína de casi un gramo sale 300 pesos.

oportunidad le pregunté a Germán por qué hablaban tan poco con Marcelo cuando hacían uso de cocaína y me respondió lo siguiente:

“No sé. Por ahí no tenemos mucho de qué hablar. Cuando hay más gente jodemos más. Pero al gordo le pega así: se queda callado, mira por la ventana y se va. Después capaz que vuelve. Pero ya lo conozco, sé que le pega así. Igual nos invitamos para no dejarnos tirados, porque sabemos que el otro siempre invita. No es tanto porque la pasemos tan bien entre los dos solos. Está mejor cuando hay más gente. Ahí jodemos más entre nosotros.”

Esto me llevó a pensar que la relación entre Germán y Marcelo, a pesar de que tiene como eje articulador el don, toma otras direcciones en determinadas situaciones. Más de una vez me pregunté si no fuese porque hay un intercambio de drogas ilegalizadas casi proporcionalmente equivalente entre ellos, se tendrían en cuenta. Pero igualmente, a medida que fui observando el vínculo que establecen, opté por deducir que no tenía sentido preguntarse por eso y tener en mente un tipo de “amistad pura”, basada en el desinterés. Comprendí como válido que su relación sea la de saber que uno siempre va a “zafarle la careta” al otro, y que el diálogo fluido entre ellos quede para ocasiones en las cuales haya más usuarios de drogas ilegalizadas presentes.

### **“Yo me voy a encerrar un rato”**

Los bienes que se intercambian a través del don, no constituyen un dato menor, influyen en los vínculos. Las relaciones de intercambio encantadas no serán las mismas si se trata de cocaína, marihuana, LSD o pasta base, y además depende de las formas que los partícipes hagan uso de ellas. Cada una de estas drogas ilegalizadas impone sus criterios particulares, es decir, abre o cierra el círculo, hace durar menos o más la situación, el diálogo es diferente también. En este sentido, cuando hay “faso” de por medio, la relación entre Germán y Marcelo es distinta, y puede decirse que el diálogo es mucho más fluido, habiendo chistes y risas de por medio. Comparten el mismo lugar y momento. Llegan a una especie de “sintonía”. Establecen algún tipo de conexión.

Al tratarse de cocaína, la relación entre Germán y Marcelo es, según pudimos ver antes, diferente. Pero la cuestión no es tan simple, ya que también depende de los usos que hagan de la misma. A veces cuando Marcelo la cocina, se encierra solo en su casa, pero otras lo hace en la pieza de Germán. De las dos formas, el diálogo entre ellos se interrumpe, sea porque se

separan momentáneamente o por el efecto mismo de la forma de hacer uso de la droga ilegalizada.<sup>22</sup> Otras veces arma un “nevadito”, y en estos casos sí comparte con Germán. Quizás la descripción de una situación que presencié con respecto a estas cuestiones pueda ejemplificar mejor lo que queremos decir:

Una noche de viernes de octubre de 2018, Germán, Marcelo y yo estamos sentados en el paredón que da al fondo de la casa del primero y al lado de la del segundo. Ellos esperan a Guillermo, y cuando este viene Marcelo compra dos “bolsas de cocaína”. Al tener la droga ilegalizada en la mano, se acerca a Germán y le da una de ellas, quedándose con la otra. Le dice, “yo me voy a encerrar un rato y después voy para tu pieza”. Germán contesta afirmativamente y se dirige hacia su casa. Una vez adentro, le pregunto por qué se separan, ya que yo esperaba que hagan uso de la cocaína juntos. Germán me dice lo siguiente: “pasa que el gordo la cocina... a veces quiere estar solo. A mí eso no me gusta, prefiero tomarla. A él le gusta mucho fumarla, sola o con faso, un nevadito. Igual después viene a casa y le convido si me quedó, pero cada uno curte su mambo a veces”.

Al pasar más o menos 40 minutos, Marcelo golpea la ventana de la pieza de Germán y éste le abre la puerta. Cuando Marcelo entra, dice, ¿te quedó algo? Yo traje un nevadito. Invítame una raya y después lo fumamos. Germán contestó, “sí, gordo. Ya sabía que te ibas a fumar toda la merca. Acá te dejé”.

Así, vemos que la relación se desarrolla de otra forma porque no necesariamente comparten la misma manera de hacer uso de la cocaína, más allá de que a los dos les guste esa droga ilegalizada. Pasa algo parecido con el uso del LSD. Si bien comparten la “pepa”, no así el disfrute de ésta. En una ocasión pude presenciar sus diferencias a la hora de pasar el rato bajo los efectos del LSD:

En una tarde de domingo de septiembre de 2017, Pamela,<sup>23</sup> hermana de Germán, invita a éste y a Marcelo a compartir LSD. Ella trajo dos cartones, así que los dividen

---

<sup>22</sup> Cuando Marcelo “cocina” la cocaína y luego la fuma, suele quedarse callado y mirando a un punto fijo en el piso durante varios minutos.

<sup>23</sup> Pamela (25) al momento de la investigación vivía con sus padres y dos de sus cuatro hermanos. Actualmente vive con su novio (hermano de Mariano, Agustín y Matías) en una pieza arriba de la casa de los padres del último. Estudia Licenciatura en Enfermería en la Universidad Nacional de Quilmes, pero suspendió la cursada por el momento, debido a su embarazo.

entre los tres. Vamos a la pieza de Germán y allí se los ponen en la boca. Al pasar unas dos horas, Pamela y Marcelo quieren comprar cerveza, así de paso según ellos disfrutaban del afuera. Germán les dice que vayan ellos, ya que él tiene ganas de quedarse adentro. Les abre la puerta y yo opto por ir con Pamela y Marcelo, quienes durante el viaje hacia el almacén, me comentan que no entienden por qué Germán prefiere estar encerrado, ya que para ellos lo mejor de estar empedados es relacionarse con las personas, y para eso hay que estar afuera. Así, al volver, se dirigen a la pieza de Germán y le gritan por la ventana, “dale, salí. Vení a divertirme afuera. No te quedes encerrado. Así no le estás pasando cabida a nadie”. Desde el otro lado de la ventana, Germán contesta, “déjenme acá, estoy re loco. No quiero salir, estoy escuchando música. Después voy a mirar una película. No tomo pepa para andar viendo a los mismos borrachos de siempre”.

De esta forma, a pesar de que Germán y Marcelo entre ellos son donantes “equivalentes”, hacen distintos usos de las drogas ilegalizadas que comparten. Se trata de una cierta diferencia que se agranda todavía más al haber alguna droga ilegalizada que no comparten. Por ejemplo, cuando hay pasta base, lo común es que Marcelo se encierra en su casa un rato y después vuelva, o la fuma en presencia de Germán, pero este último continúa con la droga ilegalizada que tiene a mano, ya que no hace uso del “paco”.<sup>24</sup> En situaciones como ésta, el diálogo se corta mucho más que cuando comparten cocaína, debido a que es una droga ilegalizada que tienen en común, pero no la pasta base. Hay situaciones en las que Marcelo compra pasta base y Germán cocaína y cada uno se va para su casa, más allá de que luego Marcelo busque a Germán para que le convide cocaína. Con respecto a esto, Germán me comentó lo siguiente:

“Cuando Marcelo tiene paco, se encierra en su casa. Después viene y quiere tomar merca porque se fuma toda la base al toque. Se la manda toda junta y además el efecto pasa muy rápido. Yo le guardo algo porque sé que va a venir corriendo a querer tomar. Después va a querer fumar un nevado para bajar”.

En esta faceta, lejos de interrumpirse, el don se reproduce a través de las relaciones que traban Marcelo y Germán, a pesar de todas las diferencias que podamos señalar entre ellos.

---

<sup>24</sup> La pasta base puede fumarse en una pipa casera o hacer un “fili way” con ella. Lo último requiere de marihuana prensada, para de esa forma volcar pasta base en la primera y fumar así un “porro ensuciado”.

No se trata de pensar en que no deberían compartir o pasar el rato juntos si no disfrutaban de las drogas ilegalizadas de la misma forma, o si no comparten la totalidad de las mismas o sus variantes a la hora de utilizarlas. Por el contrario, todas estas diferencias no obstaculizan el don, sino que lo complementan. Lo importante está en que se “zafan la careta” mutuamente y lo saben. Luego, que haya diferencias es algo que entienden que debe subordinarse a que uno es refuerzo del otro a la hora de querer hacer uso de drogas ilegalizadas y conseguir las mismas. Más allá de que en algún momento alguno puede que no comprenda el “mambo” del otro, el don circula a pesar de y sobre tal incompreensión.

Pero además, no debemos obviar que la relación entre ellos tiene el plus de ser sostén de ansiedades y “malos mambos”. Vimos que Germán sabe cómo le “pega” a Marcelo y se adelanta a éste para cubrirlo de cualquier falta de cocaína o marihuana que pueda ponerlo todavía más ansioso. Aún más, si tenemos en cuenta que aceptan la forma en que cada uno hace uso de drogas ilegalizadas que comparten de forma diferente, sin reclamarse demasiado por los encierros o las formas de sobrellevar las ansiedades.

Igualmente, lo central aquí es entender que este tipo de circuito del don no se establece con cualquier persona, sino que se realizan distinciones basadas en apreciaciones subjetivas y/o experiencias previas que para las personas confirman las razones del por qué de tales distinciones. De hecho, más allá de que entre Marcelo y Germán haya muchas diferencias políticas, ideológica, etc. (he presenciado discusiones entre ellos sobre temas diversos), ambos saben que el otro es “confiable”. Para ellos la confianza es lo más importante, es lo que priorizan por sobre las demás cosas. Una confianza que se construye en torno al uso compartido de drogas ilegalizadas que se organiza a través de esta cadenas de regalos mutuos. Existe un espíritu de camaradería que no sólo crea condiciones de posibilidad para que tenga lugar el don. También la confianza es objeto de intercambio. Se aporta confianza y se devolverá confianza. Al dividir ellos mismos a los demás usuarios de drogas ilegalizadas en “confiables” y “no confiables”, es importante tener una buena relación con aquellos pocos que, según Marcelo, vale la pena compartir lo que uno tiene. Por eso Marcelo me comentó alguna vez lo siguiente:

“Yo comparto con pocos. Dos o tres nada más, porque no confío en casi nadie. La mayoría te soguean, se te trepan. Cuando quieren fumar, cuando quieren tomar, vienen. Después se van, y nunca convidan nada. Y tienen eh, tienen para comprar, para convidar, pero se hacen los boludos. Prendés un faso y te aparecen, te lo fuman, te toman la birra, y si te sacan la ficha de que estás esperando que te traigan una bolsa,

no se van más. Otra que hacen es que se encierran a tomar solos, después, cuando quieren bajar, vienen y escabian, fuman. Cualquiera. A esos no hay que pasarles cabida. Yo veo que me hacen una y corto. Por eso me junto con un par nada más, con los que sé que podemos estar acá tranquilos, compartiendo”.

La confianza entonces es un dato central. No todos los actores tienen ganada la misma confianza. De modo que el don, la festividad que envuelve al intercambio, dependerá de la confianza que exista entre los protagonistas.

### **“Uno para vos y otro para mí”**

Con respecto a la relación entre Marcelo y Germán, encontré una característica más del don. Ellos me permitieron ver que no sólo aparece en situaciones de escasez para “salvar” a aquellos que en ese momento no tienen nada, sino que además puede contribuir a la abundancia o variedad de las drogas ilegalizadas. La siguiente situación puede mostrar cómo el don no actúa solamente para llenar vacíos, sino que además aporta abundancia y diversificación, para “mandarle con de todo”, para que la fiesta esté aún más completa:

Marcelo y yo nos encontramos sentados en la vereda de su casa el 31 de diciembre de 2017 a las 18 hs., cuando vemos venir a Germán. Al llegar, dirigiéndose a Marcelo le dice: “-gordo, mirá lo que traje. Uno para vos y otro para mí”. Se trata de dos cartones de LSD, de los cuales Germán le extiende uno a Marcelo. La respuesta por parte de este último es, “bueno, si yo salí sorteado vos también. Bancame”. Marcelo entra a su casa y a los pocos minutos sale y deposita en la mano de Germán una bolsa de cocaína. Le dice, “pegué una buena piedra hace un rato. Hacemos mitad y mitad. Después de las 12 cae Claudio con faso y le convidamos”.

Como dijimos arriba, el don encanta las relaciones, son regalos encantados, que tienen la capacidad de avivar la grupalidad, sacarlos del tedio, de improvisar la joda en cualquier momento. Cuando no se puede salir del barrio o es muy difícil hacerlo, el uso compartido de drogas es la mejor excusa para reponer la fiesta y agregarle más “diversión”.

### **“Se sumaron un par que no pusieron nada”**

Retomando todo lo que hasta aquí pudimos decir sobre el don, vemos que la economía del mismo tiene comienzos en las propias relaciones que permite establecer. Pero cuando se mira desde el exterior de las grupalidades o de la cadena de prestaciones y contra-prestaciones, puede que no se vea el circuito completo y tienda a pensarse los intercambios no como forma de don, por lo tanto no como intercambios, sino como mero interés o formas de sacar ventaja sin hacer aportes. Es decir, al don lo entienden, o mejor dicho, lo experimentan los usuarios de drogas ilegalizadas que se relacionan al interior del barrio. Saben bien que anteriormente aquel donó y que uno debe hacer la devolución. Comprenden al don como circular porque tienen la experiencia concreta de un fin de semana tras otro en el mismo barrio y con las mismas personas. Estas vivencias puede que no se aprecien si uno viene de afuera, ya que no sabrá distinguir si aquel que está usando drogas en grupo está regalando o devolviendo lo regalado. Ese no saber, muchas veces trae aparejado desconfianza o recelo. Si lo miramos desde la perspectiva de aquel externo al barrio, vemos que viene alguien del barrio que quiere algo gratis y no a uno de los pibes que generalmente hace su aporte, su donación, y que por lo tanto está en lo correcto en hacer su reclamo implícito o explícito de que le sea devuelto lo que en otro momento supo donar. Es justamente lo que está implícito, lo que no se ve o entiende aquel externo al barrio, lo que hace al don, lo que lo distingue de otras relaciones de intercambio. Es decir, los actores barriales saben que están en deuda y por tal motivo no pueden realizar reclamos y deben integrarlo, pero el externo al barrio no lo sabe. Se trata de momentos en las que se producen malos entendidos entre perspectivas encontradas que no están entendiendo lo mismo, o están observando eso mismo desde lugares diferentes.

Comprendí esta situación desde la perspectiva externa no hace mucho tiempo, cuando un amigo de Germán vino al barrio y participó de las relaciones aquí abordadas:

Un domingo de abril de 2018 a la noche vino al barrio un amigo de Germán, llamado Gastón.<sup>25</sup> En principio, Germán y yo estábamos en su pieza, cuando me dice que lo acompañe a la parada para esperar a su amigo. Nos encontramos con él luego de que baja del colectivo y emprendemos los tres la vuelta a la casa de Germán. A mitad de camino vemos a Marcelo y Pamela comprando cerveza en un almacén. Nos quedamos esperando que terminen para volver con ellos, y luego comenzamos a caminar los

---

<sup>25</sup> Gastón (29) al momento de la investigación se encontraba alquilando un departamento en Recoleta, pero es originario de Quilmes Centro. Es soltero y no tiene hijos. Estudió dirección de cine y trabaja en una productora independiente. Es amigo de Germán desde el primer año de secundaria.

cinco. Una cuadra después nos encontramos a Sebastián y nos dice que le mandó mensaje Francisco para avisarle que juega. Entonces, comienzan a sacar cuentas para ver cuánta plata pone cada uno y ver cuántas bolsas comprar. Cada bolsa cuesta 250 pesos, y entre los cuatro por lo menos quieren comprar dos bolsas. Sebastián no tiene plata, pero todos los presentes asumen que se lo va a incluir debido a que aporta la nota. Con 125 pesos que cada uno de los cuatro que van a pagar, juntaron 500 pesos para dos bolsas, así que Sebastián arregla con Francisco para que se acerque a la esquina de la casa de Germán. Francisco confirma y dice que en 1 hora estaría ahí.

Mientras esperamos en la esquina de la casa de Germán, debajo del árbol, se acerca Daniel y pregunta, “¿qué onda que están todos ahí?” Marcelo contesta, entre risas, “esperando a ese que nunca iba a venir”.<sup>26</sup> Entonces, Daniel se suma a la ronda.

Cuando por fin llega Francisco, Sebastián junta la plata y realiza el intercambio. Luego, todos nos dirigimos a la pieza de Germán. Una vez ahí, los 6 toman las dos bolsas. Al pasar el rato después de terminada la cocaína, comienzan a irse de a uno hasta quedar solamente Germán, Gastón y yo. En un momento, Germán le pregunta a Gastón, “estuvo bueno, ¿no? Vinieron copadas las bolsas, ¿la pasaste bien?”. Gastón, con algo de seriedad en su cara, contesta, “sí, vinieron bien. Pero se sumaron un par que no pusieron nada y los que pagamos terminamos tomando poco”. Entonces, Germán dice, “bueno, pero no podíamos descartar a Sebastián. El puso la línea. Igual, si lo decís por Daniel, tampoco le podíamos decir nada. El chabón sacó la ficha al toque que estábamos haciendo la movida y se quedó. No lo podíamos descartar. Un par de veces le tiramos mensaje para decirle que no teníamos nada y el chabón cayó con una o dos bolsitas y las aportó”.

La transcripción de esta situación de nuestro diario de campo sirve para mostrar cómo, en determinadas circunstancias, el circuito del don se despliega de forma diferente ante la mirada externa a las relaciones intra-barriales en torno a los usos de drogas ilegalizadas. De hecho, aquel externo al barrio puede que no haya visto don alguno. En definitiva, lo que Gastón vio fue lo siguiente: pagaron solamente cuatro personas de las seis. Una aportó el dato así que no había mucho para decirle, pero la otra solamente vino y tomó “de arriba”.

De todas formas, a partir de esa situación y del intercambio de opiniones con Germán, Gastón supo entender la composición de los lazos desde la perspectiva *nativa* (Guber, 2001). De más

---

<sup>26</sup> En referencia a una frase de la canción de La Renga, La Balada del Diablo y la Muerte: “Yo me escondí tras la niebla y miré al infinito, a ver si llegaba ese que nunca iba a venir”.

está decir que no sólo él comprendió la perspectiva de los usuarios de drogas ilegalizadas del barrio, sino que me ayudó a mí a contrastar su visión con la de los últimos. En definitiva, generó un conflicto de miradas que me permitió encontrar un espacio en donde ver lo conflictivo del don, ya que está hecho de confianzas pero también deja lugar para las desconfianzas.

Así, las eventuales desconfianzas entre algunos de los actores le agregan tensión a las relaciones de intercambio. Puede que lo obstaculicen o transformen. El don no siempre es el mismo don. Dependerá de la confianza que exista entre los pares, del capital simbólico acumulado por cada uno de ellos, del eterno retorno de las cadenas de regalos de la que forman parte sus usuarios.

Es interesante contar lo que pasó en otra oportunidad en la que Gastón visitó el barrio luego de lo ocurrido aquella vez:

Es sábado de diciembre de 2018, cerca de la 01 hs., y nos encontramos en el paredón que da al fondo de la casa de Germán, al lado de donde vive Marcelo. Estamos él, Juan<sup>27</sup> (su cuñado) y yo, cuando Germán le envía whatsapp a Marcelo para decirle que vayamos a la casa. Junto a Germán está Gastón, y cuando llegamos nos invitan a sentarnos en el patio delantero. Al cabo de unos 5 minutos de estar ahí, Germán entra a su pieza y al instante sale con una de las puntas de su DNI cargada de Cocaína, se acerca a Juan y le ofrece. En ese momento observo a Gastón y veo que toma la situación con total naturalidad. Al pasar un rato, se encuentra hablando con Juan.

Cerca de las 5 de la mañana, Marcelo y Juan deciden irse, así que solamente quedamos Germán, Gastón y yo. Gastón le comenta a Germán que Juan le había parecido copado. Germán responde, “sí, antes no me llevaba tanto con él. Ahora está todo bien, es un chabón que siempre que tiene, convida. Por eso le di un par de pases. Disculpá si no te consulté, porque compramos entre los dos”. “Está bien, si el chabón convida siempre, hay que convidarle también. Aparte vino con dos Heineken y después compró dos más”, concluye Gastón.

Así, en esta ocasión, y a partir de la experiencia con Daniel, Gastón no tardó en comprender que el hecho de que una persona (en este caso Juan) no haya aportado plata en ese momento

---

<sup>27</sup> Juan (23) está de novio con la hermana de Marcelo y tienen un hijo de cinco años. Viven en la parte de atrás de la casa de la madre de Marcelo. Hace unos meses lo echaron de la fábrica en donde trabajaba y con la indemnización se compró un auto y ahora hace viajes de Uber.

(para comprar la cocaína), no significa que no lo haya hecho antes. Gastón entendió que si Germán le convidaba, por algo era. Se debe a que los intercambios encantados se demoran en el tiempo, la devolución de lo dado llega en diferido. Entonces, Gastón interpretó que esa era una de las tantas fases de un círculo de prestaciones y contraprestaciones que excedían a lo que él podía presenciar, pero a partir de ese momento tuvo la certeza de que existía.

### **“Pongo eso que a mí me acaban de dar”**

Resumiendo: el don se hace presente de forma cotidiana, va y viene a través de distintos actores, construye lazos entre ellas, activa la grupalidad, la encanta, es motor de las relaciones entre pares, una parte importante de su composición y las dinámicas del grupo. Pero el don excede también a la grupalidad, ya que conecta usuarios de drogas ilegalizadas de grupos diferentes o aparece para que los mismos traben una relación efímera, del momento, pero que intervienen en las prácticas de los usuarios de tal forma que el don termina siendo un motivo para la acción del cotidiano de los fines de semana. El don no sólo cierra los grupos, sino que además los abre, los conecta entre sí. Así, las drogas ilegalizadas van y vienen, pasan de un actor a otro, o de un grupo de alguna esquina a otro grupo de otra esquina.

Participar del don es una forma de interiorizar una “conducta”, es guiarse en las relaciones con otros actores a partir de un *ethos* (Weber, 2011) que responde al ser y estar en el barrio en los términos de los usuarios de drogas ilegalizadas, y se ve confirmado en el trato que los demás tienen con uno. El siguiente comentario de Sebastián me parece el indicado para plasmar la visión del don desde la perspectiva de los usuarios de drogas ilegalizadas del barrio:

“Yo no tengo un peso, loco. Pero cuando laburaba, compartía. Entonces, yo ahora salgo a la calle y me llaman. Me dicen, vení Seba, tomá. Me dan merca, me dan faso, me convidan, me regalan para que me lleve. Y yo agarro, y así como me regalan, voy a buscar a los vagos y pongo eso que a mí me acaban de dar. Y si no encuentro a ninguno de los pibes, entonces le convidó a cualquier vago que pase y que sé que comparte la onda. Porque si a vos te convidan, es porque vos tenés conducta, es porque vos sos vago, sino nadie te va a dar nada. Estar en la calle es compartir, es decir, ‘tengo esto, tomamos entre los dos, fumamos entre todos’, ¿entendés? Eso es ser vago, eso es ser un pibe de barrio. La onda es compartir, porque si vos compartís, entonces sabés que salís a la calle y te llega de todos lados sin que lo pidas”.

Obviamente, se trata de una mirada idealizada de sus propias prácticas y la de los actores con las que trata en lo cotidiano. Pero de todas formas, utilicé los dichos de Sebastián porque a lo largo de la investigación me pareció ser quien más empeño puso en hacer notar de qué se trata el don, sin pensarlo conceptualmente, pero practicándolo casi todo el tiempo. Ahora bien, no todo convite es mágico. A veces las cosas se ponen más tensas. Si bien es cierto que los regalos, los intercambios y las devoluciones se presentan desinteresadamente, siempre existe algún interés en diferido que organiza las relaciones de intercambio. Así, otras veces los intercambios pueden ser objeto de un interés “raro”. Simulaciones que ponen al don en otro lugar. Por eso, en el próximo capítulo nos vamos a detener a pensar la dinámica del ventajeo, que corre a la par que la lógica del don, lo complementa y no pocas veces se confunde con él.

## CAPÍTULO 4

### El Ventajeo

“Si tu moneda hablara, si esa moneda hablara...más de la cuenta.”

**Los Redondos**, *Blues de la artillería*

“Es una de esas noches donde a todos nos gusta la misma bailarina.”

**Los Redondos**, *Ella baila con todos*

#### “No te juntes ahí, son re larvas”

Hace unos años me advirtieron que “no me convenía” pasar el tiempo en determinados lugares y rodeado de grupos particulares, ya que solían “ventajear” a los demás. Los comentarios se debían a que me fui del barrio junto a mi familia en 2001, a los 13 años, y luego de haber vivido en distintos lugares regresé 12 años después, lo cual hacía pensar a muchos que debía estar al tanto de cómo sucedían las cosas actualmente. Es decir, cabía la posibilidad de que fuese “ingenuo” y me dejara llevar por las personas “indebidas”. Así, Lucas,<sup>28</sup> un amigo de la infancia, me dijo lo siguiente cuando me vio en la esquina del almacén de enfrente de la casa de Germán, junto a muchos de los que forman parte de esta investigación:

“No te juntes ahí, son re larvas. Te re ventajean, se te trepan. ¿Pagaron algo ellos o están tomando de arriba? Te invitan una birra y después terminás poniendo vos todas las demás. No les pagues nada, descartalos. Hacé la tuya en otro lado porque son re chupa sangre. Yo los conozco a todos éstos.”

En ese momento no le di importancia a las palabras de Lucas, pero conforme fue pasando el tiempo, aprendí a identificar el ventajeo, y comencé a tenerlo en cuenta a la hora de llevar a cabo mis relaciones. Esto no quiere decir que pude distinguir sus distintas variantes y los diversos momentos, lugares y relaciones en los cuales se manifiesta de forma acabada, sino que me “avivé” de su existencia como motivación de las prácticas y relaciones que se establecen alrededor de los usos de drogas ilegalizadas al interior del barrio.

---

<sup>28</sup> Lucas (31) está en pareja y tuvo un hijo recientemente. Hace poco se mudó a otro barrio junto a su novia en la casa de los padres de la misma. Trabaja en blanco en una cadena de artículos de perfumería.

Entonces, teniendo en cuenta lo dicho recién, iremos desplegando distintas situaciones en las cuales presencié el ventajeo y de inmediato las analizaremos para entenderlo mejor. Luego, intentaremos sistematizar una serie de motivaciones que entendemos que orientan el ventajeo, y de esta forma identificar características del mismo, para dar cuenta de que es no es un atributo personal sino resultado y a la vez constitutivo de estas relaciones en estos espacios. Además, no sucede al azar, sino que sigue una estructura. Las relaciones de intercambio desplegadas en torno al uso de drogas ilegalizadas están enmarcadas según determinadas lógicas, una de ellas, vemos en el capítulo anterior, es el don, y la otra, según veremos ahora, es el ventajeo. Y el ventajeo, al igual que el don, cuenta con una lógica interna propia. Dos lógicas, según veremos, entrelazadas. De tal forma, no siempre se sabe dónde comienza una y termina la otra. Aún más, puede que algunos de los pares involucrados en la relación viva el mismo intercambio en términos de don y otro lo cargue a la cuenta del ventajeo.

### **“Vos ya me cagaste un par de veces”**

Un primer paso fue aprehender las prácticas al interior del barrio en torno a los usos de drogas ilegalizadas, para luego reconstruir las distintas situaciones de ventajeo y observar cómo se aprende a ventajear, y cuándo y cómo se decide hacerlo. Pero también aprender cómo y cuándo se evita ser ventajeado, cómo y cuándo se es ventajeado, y cómo y cuándo uno se deja ventajear. En primera instancia, fue de mucha importancia entender al ventajeo como una relación social. Lo que no es menor, ya que así me aparté de la idea de pensar que hay personas que son ventajeras y otras que no lo son, y ubicar al ventajeo en una práctica que requiere de la relación de al menos dos usuarios de drogas ilegalizadas. Veamos:

Un jueves a la tarde de enero de 2017 voy a comprar a un kiosco que se encuentra a la vuelta de mi casa y me encuentro a Mauro,<sup>29</sup> quien me dice que está viendo dónde pegar faso. Mientras hablamos viene a saludarnos Mariano, y pregunta qué estamos haciendo. Mauro le contesta que quiere comprar marihuana y Mariano le dice que en un rato él va a ir al Bajo Flores, ya que ahí se consiguen pedazos de 200 pesos. Mauro le dice, “bueno, yo te doy plata, pero me traés, porque vos ya me cagaste un par de veces. A vos te dan plata para que traigas y siempre salís con el cuento de que te agarró la policía o que te robaron”. Mientras Mauro dice eso, llega Germán y se suma

---

<sup>29</sup> Mauro (39) es soltero y tiene un hijo de 15 años. Vive con sus padres y su hermano mayor. En varias ocasiones estuvo internados en centros de rehabilitación debido al uso abusivo de pasta base. No tiene empleo formal, a veces trabaja en talleres mecánicos y otras arregla vehículos en la puerta de su casa.

al reclamo: “Bardeás! Yo te di la semana pasada y cuando volviste saltaste con la de siempre: ‘¡uh...! amigo..., no sabés lo que me pasó. Perdí amigo, me agarró la Policía’. Siempre te agarra la policía a vos”.

A pesar de que Mauro, por su propia experiencia con Mariano, sabe que éste puede ventajearlo, de todas formas piensa en volver a darle plata para que vaya a buscar faso, cuando probablemente se quede con la plata o con lo adquirido con ella. Tal escenario amerita que, al menos en principio, hagamos foco en aquel que es “ventajeadado”. Es decir: ¿Por qué le da plata a alguien que puede quedarse con ella? Más aún ¿por qué darle plata sabiendo que lo más probable es que se queda con parte de ella o con parte de la mercadería comprada? Esa fueron las preguntas que me hice en más de una ocasión al escuchar y presenciar ventajeos, pero pude comenzar a encontrar respuestas tentativas al prestar atención a los cálculos que realizan los usuarios de drogas ilegalizadas y las emociones que los atraviesan en circunstancias particulares. Por ejemplo:

Un sábado de marzo de 2018 Germán y yo estamos sentados en la vereda de su casa. Son cerca de las 21 hs. y Germán arregló con su novia para ir a pasar la noche con ella en su casa, pero me dice que quiere llevar una bolsa de cocaína ya que allá no puede fumar marihuana. El problema, para él, es que se acerca la hora de que deje de pasar el único colectivo que llega hasta la casa de su novia desde el barrio y no consigue cocaína. En un momento se acerca Mariano, lo saluda y se queda hablando con nosotros. Germán le pregunta si le puede conseguir una bolsa y Mariano le dice que sí, que hay que ir a lo de Francisco.

Cerca de las 22:30 hs., vamos con Germán y Mariano a lo de Francisco, y en el camino Mariano saluda a un pibe que pasa por ahí. Se queda hablando con él, se apartan un poco y cuando vuelve con nosotros le dice a Germán, “el pibe este es el primo de Francisco. Así que bancame que voy con él así le sacamos un poco más”. Germán le dice que está bien, pero que se apure porque se tiene que ir y en un rato ya no pasan colectivos. Le da la plata a Mariano y le dice que lo espera en la parada del colectivo. Mariano y el supuesto primo de Francisco van a lo de este último.

Mientras esperamos a Mariano en la parada, se van haciendo casi las 23 hs. y Germán me dice, “este o me está tomando la merca acá a la vuelta o voy a tener que ir a buscarlo a la casa, porque pegó y agarró por otro lado. Está tardando una banda y sabe que me tengo que ir, y que recurrí a él de última. Sabe que estoy jugado con el tiempo

y no me queda otra”. Esperamos unos minutos más y vemos que llega Mariano, bastante “acelerado” y frotándose la nariz. Germán va a su encuentro y antes de que pueda decirle algo, Mariano le extiende una bolsa de cocaína abierta y en mal estado. Para colmo, le dice, “bueno, convidame un pase que me voy”. Germán responde, “te bajaste media bolsa, boludo. Te fuiste hace 20 minutos y está acá a la vuelta la nota. Encima querés un pase. Mirá, ahí viene el último bondi. Me voy a la mierda y nunca más la hago con vos”. Mariano responde ofendido y también se va. Germán me saluda apurado, para el colectivo y sube.

Germán ya sabía a quién estaba recurriendo. Tenía en claro a quién le estaba dando plata y que eso podía costarle ser ventajado. Realizó una *apuesta*, la cual tuvo algo de cálculo, pero también en ella jugaron las emociones, en particular la ansiedad por no irse sin cocaína y el miedo a perder el último colectivo. Cálculos y emociones volcaron la balanza hacia la decisión de darle plata a Mariano. Además, era su último recurso y el tiempo corría. Todas estas cuestiones deben tenerse en cuenta a la hora de realizar una apreciación sobre el por qué de dejarse ventajear. No necesariamente uno “se regala” para que lo ventajeen, sino que se encuentra, y también se pone, en una situación en la cual acceder a alguna droga ilegalizada implica ser ventajado. Uno no es “boludo”, sino que sabe que el ventajeo es el peaje que lo separa de la droga ilegalizada que quiere adquirir. De lo contrario, se quedará sin hacer uso de la misma. Tal vez la siguiente descripción de una situación en la cual acompañé a Germán y Marcelo a buscar cocaína ilustre aún más lo que quiero decir:

Una noche de sábado, durante octubre de 2018, Marcelo y Germán intentan contactar a algún vendedor para comprar cocaína, pero no tienen suerte. Nos encontramos sentados en la vereda que une la casa de ambos. Germán dice, “gordo, bancá que le hablo a Javier por Facebook y le digo que me consiga. La otra vez salió una nota con él”. Marcelo responde, “bueno, si vos confiás en Javier...fijate. No sé”. Germán contesta, “no confío en él, pero otra no nos está quedando. Bancá, le hablo y te digo qué onda”. Así, Germán va a su casa y se ausenta unos 10 minutos. Luego vuelve y dice algo que ni Marcelo, ni yo, y ni siquiera él, terminamos de entender. “Me dijo Javier que él le avisó al transa, pero que hay que llevarle la plata y que se la da, así el loco junta unos pesos más de otros vagos y va a buscar. Pasa que, según él, no tiene para comprar si no le damos”. Marcelo dice, “no le doy la plata ni en pedo a ese fantasma. Que vaya a buscar la falopa y vuelva así se la compramos”. “Bueno, ahí le

digo y le encargo por 600 pesos”. Germán vuelve a su casa y regresa a la vereda a los 15 minutos. Le comenta a Marcelo, “dice que vayamos tipo 1 a la plaza”. “Listo, ¿más tarde no podía ser?”, reclama Marcelo.

A la 1 de la madrugada nos dirigimos los tres hacia la plaza de uno de los barrios de al lado, a unas 7 cuadras de donde nos encontrábamos sentados. En el camino Marcelo no para de repetir que Javier los va a “cagar”, pero que “ya fue” debido a la hora. Llegamos a la plaza y nos encontramos con Javier, quien nos saluda y le extiende una bolsa de cocaína a Germán. Le dice, “el chabón me regaló una piedra, así que me agarré algo para mí y calculé más o menos 600 pesos para ustedes”. Marcelo agarra la bolsa y le dice a Javier, “acá no hay 600 pesos ni en pedo. Nos re cagaste una banda de merca o plata, no sé, pero nos cagaste”. Javier se muestra ofendido por el comentario y niega las acusaciones, a lo que Marcelo prosigue, “bueno, igual ya está. Son más de la 1 de la mañana y es lo que hay. Yo quiero tomar, así que ya fue”. Entonces, los tres emprendemos el regreso hacia la casa de Germán. En el camino de vuelta, ambos comentan que de alguna forma Javier los ventajeó, y sobre todo teniendo en cuenta su historial en cuanto al tema, pero al mismo tiempo se muestran conformes con la obtención de cocaína.

Así, el ventajeo puede estar planificado por aquel que va a realizarlo. Pero otras veces el ventajeo se encuentra habilitado por iniciativa de quien va a ser ventajeado, sabiendo que va a serlo. Como dijimos anteriormente, se toman decisiones a partir de cálculos que contemplan posibilidades cada vez más reducidas, y en este caso el horario y el día es de vital importancia. Si ya se sabe que a esa hora, ese día, no se puede conseguir en ningún otro lado, juega la ansiedad, ya que no les resulta fácil a los usuarios esperar durante un tiempo largo a que haya cocaína y de repente aceptar, así como si nada, que no habrá. La “manija” viene de arrastre. A determinada hora, uno ya está “jugado”, por lo tanto tiene que ir a todo o nada, aunque ese todo implique no “todo” literalmente, sino perder algo en el camino, pero es el costo que hay que invertir para no quedarse con las manos vacías. Aunque aquí las posibilidades reducidas a determinado horario no sólo aumentan las ansiedades, sino que además tienen el efecto contradictorio de atenuar la bronca de ser ventajeado. Es decir, las ansiedades exacerbadas por la hora tienen el doble resultado de, por un lado, poner “manija” a los actores para que compren “lo que venga” y disponerse a ser ventajeados, y por otro lado, condicionarlos a aceptar más fácil aquello que compraron, con peaje de por medio. De esa manera, las circunstancias introducen una nueva lógica que se solapa al don: el ventajeo.

Una relación que estará hecha de don y ventajeo. No todo es don, pero tampoco no todo es ventajeo. Dos lógicas tensan las relaciones, pero organizan los usos de drogas ilegalizadas.

### **“Algo siempre se me ocurre”**

Al igual que en el caso del que es ventajado, de la misma forma intervienen los cálculos y las emociones en el que ventajea. Pero debemos tener en cuenta también el desajuste entre las ganas de conseguir drogas ilegalizadas y las posibilidades de hacerlo. “Ganas” que no son sólo algo interno a la persona, sino que devienen además de las condiciones estructurales del barrio, en relación con la estabilidad laboral e ingreso económico de cada usuario de drogas ilegalizadas. Es decir, “ganas” exacerbadas que se parecen más a la “manija” que a cualquier otra cosa, si las pensamos ubicadas en las situaciones concretas.

En este sentido, las posibilidades de conseguir drogas ilegalizadas (en especial cocaína) dependen, en gran medida, pero no única y necesariamente, de las facilidades económicas. Si las mismas son escasas o nulas, entonces habrá que buscar cómo resolver el desfase que se produce entre las ganas de hacer uso de drogas ilegalizadas y las posibilidades concretas de resolver económicamente aquello que se piensa, siente, experimenta y hasta se demanda externamente e interiorizado en las prácticas, como parte de la rutina barrial de los fines de semana.

Así, el ventajeo se hace presente en momentos de *incertidumbre* (Nemiña, 2016) para muchos de los actores que planifican sus fines de semana en base al uso de drogas ilegalizadas. La rutina que iguala fin de semana con uso de drogas ilegalizadas parece estar bastante arraigada en el barrio, y la misma es percibida como algo a realizar sí o sí, o en todo caso no se divisan posibilidades de pasar un sábado a la noche de forma diferente, de ahí que sea “un bajón” no poder conseguir nada. La “joda” viene con drogas, y sin no hay drogas, entonces hay que irse a dormir. Sin drogas no hay joda, sin drogas no hay noche posible o la noche no puede estirarse hasta el día siguiente.

El problema para muchos actores es que a veces las posibilidades económicas que permiten el acceso a las drogas ilegalizadas se ven reducidas. No todos tienen trabajo, no todos son empleados formales, no todos tienen la misma disponibilidad en dinero, porque no todos los trabajos se pagan puntualmente y se pagan bien. Más bien todo lo contrario. No todos llegan a fin de mes de la misma forma, por así decirlo. Las disparidades económicas agregan celos, desconfianzas, producen ventajeos, introducen una nueva lógica en las relaciones de intercambio según la situación económica del general de los usuarios y también de cada uno de ellos. Si bien la relación no es causal ni lineal, puede pensarse de esta forma: a menor

cantidad de dinero en el bolsillo de los usuarios, mayor incertidumbre y más posibilidades de que aparezcan ventajeros. Porque a veces los regalos no llegan o pueden que lleguen tarde. En esas circunstancias, hay que salir a buscarlos, o estar atentos para no regalarse o saberse regalar. Estas diferentes situaciones habilitan el ventajero, ponen a los usuarios a ventajear, vuelven a los participantes a ser objeto de ventajeros. Sebastián y Mariano me comentaban lo siguiente, mientras un viernes a la noche de noviembre de 2017 nos encontrábamos en la vereda que da al fondo de la casa de Germán, al lado de donde vive Marcelo:

“Y los sábados siempre pinta tomar, pero no sé si voy a tener unos pesos para comprar. Es un bajón, porque a veces tengo y a veces no. Pero tomar, quiero tomar igual. Igual me voy arreglando en el momento, voy viendo. Algo siempre se me ocurre.”

“En las semanas vas viendo si llegás a juntar unos pesos para el sábado. Vos ya sabés que tenés que tener tanta cantidad de plata si querés tomar el fin de semana, entonces trabajás un poco más. Pero es un bajón si no llegás a juntar, sí otra cosa no hay para hacer.”

Cuando la rutina preestablecida y las posibilidades materiales de poder reproducirla comienzan a distanciarse a causa de la falta de dinero, los usuarios perciben y experimentan las circunstancias con incertidumbre, ya que no es posible planificar o adecuarse a las pautas generales de los fines de semana de forma segura. Es decir, las ansiedades aumentan porque los actores no tienen suelo firme donde pisar. La escasez de dinero quita toda seguridad y las condiciones están dadas para que el ventajero sea la posibilidad que hay a mano para mantenerse a flote durante la noche. Así, quedan sólo dos opciones cuando uno se piensa “jugado” y ni siquiera divisa don posible a cierta hora de la noche: hay que ventajear o irse a dormir, porque continuar la noche inmerso en la incertidumbre implica bajón, mal humor, ansiedad, todo tipo de emociones que deterioran la moral de los usuarios de drogas ilegalizadas.

De esta forma, el ventajero compensa no sólo la falta de dinero, sino, y sobre todo, el componente emocional que hunde cada vez más en la incertidumbre a los usuarios a medida que avanza la noche. En otras palabras, se asume rápido que no hay plata para comprar drogas ilegalizadas, por lo cual se llevan a cabo estrategias para conseguirlas, ya que de lo contrario, las emociones irán ganando lugar y el malestar puede que se vuelva, al menos por

momentos, insoportable, al punto de bajar la ansiedad con acostarse y obligarse a cerrar los ojos como solución.

### “Hacés negocio”

La incertidumbre no hace que se replanteen la posibilidad de no hacer uso de drogas ilegalizadas (en especial cocaína). Por el contrario, además de que es algo que les gusta hacer, pareciera ser una de las pocas actividades, o casi la única, que se contempla en un fin de semana en el barrio. Entonces, entran a jugar cálculos que conllevan una *racionalidad intencional* (Nemiña, 2016) que, sin una información óptima (saber si van a conseguir o a contar o no con dinero), de todas formas los usuarios apuntan a obtener los beneficios esperados con la menor inversión posible. Con respecto a lo dicho recién, Sebastián y Mariano me comentaba lo siguiente un viernes de noviembre de 2017 a la tarde, mientras nos encontrábamos en la vereda del almacén de enfrente de la casa de Germán, esperando que les trajeran cocaína:

“Cuando llega el sábado y no tengo plata para comprar merca, salgo a la esquina y veo quién pasa. De última, por ahí tengo un fasito e invito a alguno de los pibes que pasan. A veces el otro tiene una bolsita y te convida. Te convida porque vos compartís lo tuyo y él comparte también. Te convidan merca por un fasito, hacés negocio, ¿o no?”

“Si no tenés para tomar te vas a la esquina o a la casa de alguno de los pibes y ves qué pinta. Por ahí tenés algún fasito o un Fernet que te quedó y ponés eso. Por ahí alguno tiene un poco para tomar y te convida.”

En un contexto de incertidumbre es en donde hablamos de ventajeo, pero vemos que el don también está presente, aunque de una manera algo “rara”, diferente a como lo apreciamos en otras oportunidades. De hecho, ya nos no parecen tan distinguibles. Don y ventajeo también comienzan a confundirse en la práctica de los mismos usuarios de drogas ilegalizadas, porque las finalidades del don cambian. Así, no se sabe bien dónde comienza uno y termina el otro. El encanto del don cede a la racionalidad del ventajeo. Lo que eran acciones con *arreglo a valores*, comienzan a ser ahora acciones con *arreglo a fines* (Weber, 2014). Ya no se trata tanto de devolver o de, simplemente, salir a la esquina para ver a quién puedo convidar algo, sea un poco de Fernet o una “tuca”, y esperar que el regalo vuelva en ese instante o algo más tarde. Aquello que tengo conmigo es poco y voy a invertirlo más que a compartirlo.

El ventajeo es una inversión que no se desplaza en el tiempo, como sucede en el don (hoy por vos mañana por mí). En el ventajeo el convite se agota en el mismo momento que se está convidando. El convite es ventajoso. El que convida quiere sacar ventajas. Hizo cuentas y hace una apuesta seguro de que sacará ventajas en ese momento.

De esta manera, las prácticas comienzan a contener una motivación adicional. Las relaciones alrededor de los usos de drogas ilegalizadas van tornándose confusas, porque los actores deben resolver situaciones que, si bien no son nuevas para ellos, se sobreponen al don, o de hecho terminan por borrarlo o desdibujarlo, al menos por instantes o en lo inmediato. En tales condiciones, los usuarios se ven en la obligación de, por un lado, apelar a los recursos que brinda la experiencia y las relaciones sociales previamente establecidos y, por otro, realizar cálculos sobre la marcha, que implican una racionalidad intencional que se traduce en invertir cualquier bien material que se tenga a mano para obtener al menos un poco de cocaína. En este sentido, en las prácticas y en las relaciones, el don no sólo se confunde con el ventajeo, sino que comienza a perderse “en las heladas aguas del cálculo egoísta” (Marx y Engels, 2017).

A las ansiedades y cálculos de aquel que va a ser ventajado, se suman las ansiedades y los cálculos por parte del que va a ventajear, y lo que hacen ambos es apostar, decidir sobre la marcha de qué recursos hacer uso. El ventajado ya está sabiendo que puede ser ventajado, y hace cálculos para decidir hasta donde se deja ventajear. El ventajado está al límite con horarios y la “manija”, y por otro lado el que va a ventajear no tiene un peso, pero anda con las mismas ganas de tomar cocaína que el primero. De ahí que este último se juegue por invertir, es decir, participar de la “timba” de la ventaja para sacar un beneficio mayor. Desde luego, conseguir ese beneficio depende de las habilidades para ventajear, o sea, de las destrezas para hacer que el otro ente en el juego del ventajeo y se mantenga en él hasta el momento oportuno.

En este sentido, los cálculos racionalmente intencionales no suceden en el aire, sino que se apoyan en *expectativas ficticias* (Nemiña, 2016). Aquí es donde se ponen a prueba las habilidades del que ventajea. Porque hay que enganchar a alguien, hay que hacerle morder el anzuelo y que no lo suelte por un largo rato. De ahí que el ventajeo se juegue en la capacidad de generar expectativas en el otro. Expectativas que no necesariamente deben igualarse a mentiras, sino que son formas de hacer que el otro no se baje de la rueda y convide cuando tenga lo suyo, sea que lo haya conseguido por su cuenta o se lo facilite uno mismo como ventajero, jugando en ese *rol* (Goffman, 2001). Hay que hacer que las expectativas se materialicen constantemente, sea recordando que uno va a convidar, sea mostrando el billete

para que el otro verifique que realmente uno va a comprar, sea comentándole a terceros que uno, otrora ventajero, esta vez paga la vuelta. Esto me comentaban Sebastián y Mariano un sábado de diciembre de 2017 en la esquina de la casa del segundo cerca de las 21 hs:

“Una que hago cuando ando corto de guita es tirarle la onda a alguien para tomar. Siempre a algún amigo o conocido. Tipo cinco de la tarde mando mensaje y digo que estaría para tomar merca y el otro agarra viaje seguro. Después, cuando nos juntamos para poner mitad y mitad, llevo un poco menos y trato de que el otro ponga su parte o lo que me falta a mí.”

“Y voy tirando la onda desde temprano. Mando mensaje a alguno para preguntarle si quiere tomar, así le hago la segunda porque tengo la nota. Les digo que yo no quiero tomar, que solamente pego para ellos, para un amigo, para un pibe del barrio. Después, cuando les consigo, me quedo. No me voy a ningún lado (risas). Me preguntan si quiero tomar y les digo que sí. Si no preguntan tiro la onda para que salga un puntín al menos. Pero de tomar, voy a tomar.”

Como señalamos arriba, las ansiedades aumentan y se ponen en juego cálculos de costo-beneficio, invirtiendo la menor cantidad de dinero posible al tiempo que se espera obtener algún tipo de retribución materializada en cocaína, es decir, en un beneficio mayor. Aunque vale la pena destacar el uso del concepto “amigo”, ya que los usuarios se apoyan en la posibilidad de generar expectativas ficticias en personas más o menos cercanas, de trato relativamente cotidiano, porque hay que saber bien de las ansiedades del otro. En estas situaciones, el trato para con el otro es amigable, de compañerismo, lo cual hace suponer que se trata de ofrecer una predisposición a la donación, a realizar favores desinteresados. Pero lo que podría ser un don en el sentido de “che, ¿querés tomar? Yo te consigo”, o “¿y si tomamos? Podemos poner un poco cada uno y la compartimos?”, comienza a ser: “le tiramos mensaje para que se ponga ansioso y quiera tomar. Seguro que no tiene línea y le decimos que se la conseguimos. Después le manguemos o no nos despegamos así nos tira algo”, o “le decimos que tenemos unos pesos para poner y después vemos, una vez que venga el transa va a tener que poner más él que nosotros”.

### **“Este no viene, me cagó”**

Un día tuve una inmejorable oportunidad de ver cómo las relaciones alrededor de los usos de drogas ilegalizadas se vuelven “turbias”. Presencí cómo los humores cambian, cómo se tuerce la situación para un lado que, al principio, nadie tenía en cuenta. Ya vimos que hay

veces en las que resulta todo muy confuso y las relaciones se ponen tirantes, se tensan debido a que las emociones van jugando fuerte, más allá de la plata que haya o no haya para comprar drogas ilegalizadas. En estas circunstancias, los cálculos ya no tienen una planificación previa de mediano alcance tampoco, sino que se actúa en caliente y de acuerdo a las posibilidades que se presentan en el momento. Los cálculos son cada vez más evidentes y tensan la relación. Además, cuando la confusión se hace tan presente al interior de la junta, todos sospechan de todos, a la vez que todos se adjudican el haber compartido. Así reconstruí lo sucedido aquella vez:

En una de tarde de feriado de junio de 2018, en las cuales me encuentro dando vueltas por el barrio con Germán, nos cruzamos a Mariano y Sebastián. Germán les propone ir a su casa para fumar y escuchar música. Yo aprovecho que están “alegres” y comienzo a hacerles preguntas. Cuando los interrogo sobre cuándo empezaron a hacer uso de drogas ilegalizadas, con quién o quiénes lo hicieron o con quién y quiénes lo hacían ahora, Mariano y Sebastián me responden: “con él, loco, porque él es mi amigo”, “más vale, amigo. Yo al chabón lo banco, ¿entendés? El chabón es mi amigo, loco”. Mientras lo dicen se palmean la espalda y se festejan entre ellos las respuestas, siempre haciendo énfasis en el lazo que los unía y los une, dejando en claro que la suya es una amistad de años, irrompible.

Al estar cerca de finalizar la entrevista, Mariano dice, “tanto hablar de merca yo quiero tomar, ¿vos conseguís ahora?” (a Sebastián). A lo que el último responde, “sí, loco. Yo consigo”. “Bueno, entonces tomá (le dio un billete de 500 pesos). Yo pago”, dice Mariano. “Listo, en 5 minutos estoy. Es acá a la vuelta”, contesta Sebastián.

Mientras Sebastián se encuentra ausente, Mariano me comenta que “al chabón lo re banca” y me dice que “habían pasado una banda de cosas juntos”. Pero al transcurrir más o menos 10 minutos, Mariano cambia el humor y también su apreciación sobre Sebastián. Comienza a decir, “este no viene, me cagó. Pegó y se fue a encerrar, a tomar en la casa solo”. Germán, algo molesto, le dice, “bancá que recién se fue. Sebastián no caga a nadie, el que hace esas cosas sos vos”. Mariano lo mira y responde, “bueno, vamos a la esquina y lo esperamos. Agarrá el envase que me estoy poniendo nervioso y tengo sed”. Salimos. Mariano encara para el almacén a buscar cerveza y yo me quedo en la esquina junto a Germán para ver si vuelve Sebastián, quien llega a los pocos minutos. Dice, “no estaba el chabón. Me atendió el hermano y

me dijo que vuelva en una hora maso, pero no sé”. Esperamos a Mariano y cuando llega, Sebastián le comenta lo ocurrido y le devuelve la plata.

En principio, hay don, ya que se van haciendo aportes para el funcionamiento del grupo. La construcción de identidad y grupalidad a través del don es evidente: se fuma marihuana, se toma cerveza y se pone música para hacer del momento compartido una fiesta, una “covacha” de humo, alcohol y gritos mientras suena Hermética a todo volumen. ¿Los aportes eran interesados o eran dones que esperaban ser devueltos? ¿Dónde terminaba el don y empezaba el ventajeo? ¿Dónde terminaba el regalo y empezaba la apuesta calculada? Tal vez los cuatro lo teníamos claro, o no. Tal vez cada uno de nosotros estaba viviendo esa situación de diferentes maneras. El don nunca dejó de ser desinteresado en la joda improvisada en la pieza de Germán. Es decir, si lo pensamos desde la perspectiva de Germán y Sebastián, podemos interpretar lo siguiente: “si ahora la estamos pasando bien, cuando venga la merca la vamos a pasar mejor. El faso y el escabio son la previa, la merca es el plato fuerte. No queda otra que mantener contento a Mariano. Si quiere fumar, le armamos un faso, si quiere escabiar, le compramos birra, si quiere escuchar Pappo’s Blues, le ponemos Pappo’s Blues, y hasta le aguantamos que nos grite las canciones en la cara, con baranda a faso y escabio. Total, él mostró el billete, él mandó a comprar lo que estamos esperando todos”. Germán y Sebastián llevaron a cabo cálculos y realizaron inversiones materiales, o de energías y contactos, para ganar cocaína a futuro: el primero invitaba marihuana y el segundo hacía los “mandados”. ¿Cuánto don había en esa situación? ¿Cuánto ventajeo? ¿Era el don una forma de disimular el ventajeo?

Pero luego noté que hubo un punto de quiebre, lo que introdujo una serie de confusiones que hasta el momento no estaban allí. Es interesante pensar la situación desde la perspectiva de Mariano, y así interpretar que pasaron más cosas dentro de aquella pieza, porque las perspectivas fueron varias y porque muchos fueron los malos entendidos. Como dijimos, hasta el momento de quiebre estaba todo bien. Mariano no dejaba de mostrar durante toda la tarde los billetes que iba usar para comprar la cocaína que los tres iban a compartir, a la vez que incentivaba a que prendan “otro faso” y “compren más cerveza”. Es decir, él sabía que si los demás querían cocaína, entonces debían hacer los aportes correspondientes para la previa, para pasar el tiempo y llegar “re locos” a la apertura de las bolsas. Pero cuando Sebastián fue a comprar cocaína con la plata que Mariano le dio, al último le ganaron las ansiedades y los miedos. Se “persiguió”. Aunque Sebastián no tardó ni 10 minutos en volver, no hubo forma

de hacerle entender que no lo estaban ventajeando. Veamos la segunda parte de lo sucedido antes de continuar con el análisis:

La posibilidad de conseguir cocaína por parte del vendedor al que acudió Sebastián es incierta, así que éste, Germán y Mariano intentan contactar a Marcelo o a Claudio para que, a su vez, ellos aporten el dato de otro vendedor. Les envían mensajes, pero les responden que no hay nada por ningún lado. Entonces, vamos a la casa de Mariano y hacen que su hermano Agustín<sup>30</sup> llame a algún vendedor y se encargue de hacer el pedido. A los 5 minutos el auto de Francisco llega a la casa de Mariano y él va hacia el vehículo, mientras Germán, Sebastián y yo lo esperamos en la esquina. Vemos que el auto se va luego de que Mariano agarra el pedido por la ventana. Nos acercamos a él y dice, en tono “sorprendido”, “uuhh, perdí una bolsa. Se me cayó y no la encuentro”. Empieza a fingir que la busca en el asfalto (ya es de noche) y, algo “enojado”, se dirige hacia Germán, Sebastián y yo, “ya fue, me voy adentro. Que nadie me siga porque estoy re caliente. Cómo vine a perder una bolsa”. Acto seguido, se mete en su casa.

Germán, Sebastián y yo nos miramos y comentan entre ellos que Mariano algo iba a hacer para ponerse en “mezquino”, que estuvo toda la tarde “agitando que él compraba, que invitaba, que compartía, para mientras tanto poder tomar cerveza y fumar faso “de arriba”. Mientras volvemos caminando para la casa de Germán, Sebastián dice, “yo sabía que iba a cortarse solo. Siempre hace lo mismo. Se te hace el amigo y después se manda esas. Hace años que hace lo mismo y por eso lo descartan de todos lados. No se puede confiar en el chabón porque sabés que va a bardear”.

Quien tenía dinero para comprar cocaína era Mariano, quienes realizaron cálculos e invirtieron fueron Germán y Sebastián que, enojados por como terminó la cosa, dedujeron que Mariano los había ventajeado. Y si tenemos en cuenta sus puntos de vista, no les faltan razones, ya que Mariano tomó alcohol, fumó marihuana de arriba y prometió la cocaína que nunca apareció. Es decir, Mariano no cumplió. De todas formas, no debemos sacar conclusiones apresuradas y pensar que Mariano tenía todo calculado desde el principio, ya que sería muy fácil comprar lo pensado por Germán y Sebastián.

---

<sup>30</sup> Agustín (40) se encuentra separado y tiene un hijo de 16 años. Vive con sus padres y hermanos. Trabajo en el taller mecánico de su hermano mayor.

Hay que recordar que a veces el ventajeo sucede de la manera que contamos recién: “tomo y fumo de arriba, luego me mando a guardar con la bolsa que prometí”. Se sobrelleva la ansiedad matando el tiempo hasta que llega la bolsa, a costa de lo brindado por los demás, como resultado de generar en ellos expectativas ficticias. Aunque también puede confundirse con el don, porque los pibes invirtieron en drogas ilegalizadas y alcohol esperando del otro una retribución en cocaína. Le estaban regalando pero con vista de que ese regalo sea devuelto con creces: “comparto un poco de esto y espero de aquél mucho de lo otro”. Pero aquí fue distinto. Seguramente hubo y/o se intentó ventajear en los términos que expusimos arriba, pero la situación es diferente porque al ventajeo materializado, en sus variadas formas de manifestarse, se sumó el ventajeo subjetivo, es decir, apareció el famoso “perseguido”. O sea: ¿Los estaba ventajeando o el ventajeo era la forma de percepción que tenían de la conducta de Mariano? ¿El ventajeo no era, en todo caso, la frustración de una expectativa? ¿No sería que el ventajeo era una manera de tramitar la persecución?

Hubo al menos un punto de quiebre durante la tarde, y esto es algo que afectó emocionalmente a Mariano y precipitó las cosas. Punto de quiebre que llevó a Mariano a pensar en la posibilidad de que lo estaban ventajeando a él, y ni bien tuvo sus bolsas y la oportunidad, se bajó de la fiesta, a la vez que dejó en Germán y Sebastián la impresión de que él los ventajeó a ellos.

Si Sebastián volvía con la cocaína que fue a comprar, Mariano hubiese compartido, no todo, pero sí al menos algo. Aunque no le iba a quedar otra, ya que estaban encerrados en una pieza. Pero se “persiguió”, y a partir de ahí cambió sus planes. Lo que le permitió a Mariano revertir las reglas de juego, e inevitablemente dejar lugar a las sospechas de ventajeo que luego pesaron sobre él, fue que salieron de la pieza de Germán y esperaron al vendedor a metros de la casa del primero. Tan fina es la línea que separa don y ventajeo, al menos desde las subjetividades en cuestión, que un simple cambio de emociones, y una mera disposición geográfica, terminan por confundir todavía más aquello que ya venía siendo confuso. Había don, y estaba todo dado para que siga habiendo, pero las emociones jugaron fuerte en Mariano y pensó mal de su junta, la pensó ventajera. Así que sólo a partir de ahí calculó para no ser él quien salga perdiendo, y ni bien vio la posibilidad, “se mandó a guardar” con las bolsas. Todos vieron y practicaron don hasta cierto momento, pero a partir de determinado episodio, las cosas dejaron de estar claras. Es decir, perdieron de vista qué era don y qué era ventajeo, o mejor dicho, quién estaba donando y quién estaba ventajeando.

### **“Tírenme unos pases cada uno, loco”**

Así como presencié, aprendí, describí y analicé las motivaciones que orientan las prácticas de ventajeo, resulta interesante dar cuenta de algunas situaciones en el que los intentos de ventajeos se vieron frustrados. Si el ventajeo es una relación, hay veces en las cuales el usuario no acepta ser ventajeado, no deja margen al ventajeo del otro. Esto no quiere decir que no querer ser ventajeado equivale a resignarse a adquirir drogas ilegalizadas, sino que se encuentra la forma de sortear el obstáculo del ventajeo para llegar a la droga ilegalizada, o que, simplemente, se busca por otro lado. En este sentido, el ventajeo no es una fatalidad, sino que hay posibilidades de adelantarse a la jugada del que va a ventajear, para que no se quede con nada de lo que tenía pensado obtener de uno.

Un sábado a la tarde de septiembre de 2018, Sebastián me comenta que el día anterior, al mediodía, fue junto a Daniel y Mauro a comprar cocaína en un lugar llamado Loma Verde, a unas horas del barrio. Según él, surgieron algunos conflictos entre Mauro por un lado y Sebastián y Daniel, por el otro. Decidí reconstruir su relato porque me pareció atinado para mostrar cómo el ventajeo se disputa en el momento, siendo también resultado de una relación tirante, en la que nadie quiere perder absolutamente nada. Así nos lo contaba Sebastián:

“Estábamos en la casa de Daniel y andábamos con ganas de tomar, pero no teníamos línea porque era muy temprano. Entonces fuimos para la iglesia y estaba Mauro, así que le dijimos que nos haga la onda para arrancar para algún lado. Le tiró que si poníamos para la nafta íbamos a Loma Verde. Le dimos unos pesos y fuimos los tres. Pero fue un bajón, no sabés. La camioneta está hecha mierda, ni puertas tiene. Encima agarró por donde estaban todos los operativos. Iba re acelerado el chabón, tenía una re manija.

Llegamos, cada uno pegó lo suyo y nos volvimos. A mitad de camino se quedó la camioneta. Nos queríamos matar. Mauro llamó a un amigo de él para que venga a ayudarlo y el chabón tardó como una hora. Así que nos pusimos a tomar arriba de la camioneta. Nos quedamos re duros esperando que venga el loco. Mauro también estaba re duro, se la tomó toda de una. Pero, ¿sabés la que quiso hacernos? Cualquiera se mandó. Escuchá: Agarra y tira, ‘bueno, yo puse la nota y los llevé hasta allá. Tírenme unos pases cada uno, loco’. ‘Ni a palos’, le dijimos. El chabón pegó la suya, no es que no tenía nada. Corta. Le dijimos, ‘vos pegaste la tuya y ya te la tomaste. Cualquiera la que querés hacer. Si no tenías nada te dábamos, pero así no. Si vos tenías’. ¿Entendés la que nos quiso hacer? Cualquiera. No es así. Y bueno, estuvimos

re duro los tres arriba de la camioneta hasta que llegó el otro vago y la arrancó. Pero nunca más me hago ese viaje con el chabón.”

En este caso, el ventajeo no sucedió. A pesar del intento de Mauro y los argumentos que según él eran válidos para ser merecedor de una tajada de lo conseguido por Sebastián y Daniel, hicieron uso de lo que parece ser un código interno a las relaciones entre los usuarios de drogas ilegalizadas. Las mismas cuentan con reglas, y hasta el propio ventajeo debe atenerse en ocasiones a ellas: al que aporta la nota le corresponde una porción si solamente lleva o acompaña y no compra nada, ya que puede que no haya contado con dinero para hacerlo. En caso de conseguir el vendedor, acompañar a comprar y él también “pegar”, entonces debe conformarse con lo suyo. En última instancia, queda a disposición de los otros convidar, lo cual no pasó. Sebastián y Daniel se aferraron a lo conseguido y no estuvieron dispuestos a compartir, ni mucho menos a dejarse ventajear por Mauro.

Con respecto a lo recientemente expuesto, además podemos retomar lo que señalamos arriba sobre la capacidad de crear expectativas ficticias en el otro y dar cuenta de que si éstas no resultan se frustra el ventajeo. Así, quien quiere ventajear debe hacer entrar en el juego a un otro ansioso por conseguir droga ilegalizada y que no tiene a dónde más recurrir. Esta es una habilidad que hay que saber manejar, ya que de lo contrario el ventajeo se cae. La relación se tensa de tal forma que se rompe. Pero debemos tener en cuenta que el que quiere conseguir drogas ilegalizadas, como vimos en el ejemplo que citamos, no es el único ansioso, sino que también lo es aquel que quiere ventajear, ya que su finalidad también es la de hacer uso de drogas ilegalizadas, y eso lo pone igual o más “manija” que al otro.

Así, en una situación en donde pesa más la ansiedad del que quiere ventajear que la del posible ventajeador, y en donde el último quiere marihuana y el primero necesita “engancharlo” para obtener cocaína, puede que las cosas no resulten como lo esperase o quiere quien pretende ventajear al otro. Presenció una situación semejante un viernes de octubre de 2018, al mediodía:

Me encuentro con Germán en su pieza y me dice que en unas dos horas tiene que ir a buscar a su novia, pero no quiere salir sin marihuana y pasar todo el fin de semana sin fumar. Manda whatsapp a varias personas para ver si alguna sabe de una línea que salga temprano, pero no tiene suerte. Entonces, como último recurso, le envía whatsapp a Mauro. La respuesta del último es, “Loma Verde, ya sabés. Vamos y venimos al toque en la camioneta. Yo tengo que ir a arreglarle el auto al transa, así

que vení y pegá lo tuyo. Pero mirá que no tengo para la nafta”. Luego de leerme el mensaje, Germán me comenta, “este quiere que le pague la nafta y allá va a querer que le pague unos papeles de merca. Encima es un re viaje. Yo le mandé para ver si sabía de algo por acá cerca”. Pero le contesta igual, le dice que puede pagarle la nafta, aunque tiene que esperar unos minutos para ver si sale algo más cerca. Apenas Germán manda el whatsapp, le llega uno de su tío diciéndole que pase por su casa que ahí puede comprar, así que Germán le dice a Mauro que va a ir para otro lado, ya que le conviene más. A los pocos minutos, Mauro responde con un audio y muy enojado dice, “¿y para qué me decís que vamos a ir? Me hacés arreglar todo al pedo vos. Ya le dije al chabón que nos prepare faso y merca y ahora le tengo que decir que no vamos nada. No me mandes más mensaje a mí, pegá tu droga por otro lado”. Después, Mauro bloquea a Germán en whatsapp.

Al siguiente domingo, nos encontramos Marcelo, Germán y yo. El segundo le comenta al primero lo sucedido el día viernes con Mauro, y Marcelo le dice, “eso es porque se puso manija el boludo. Vos le mandaste mensaje y él ya arregló para traer de todo de allá. Encima iba a querer que pagues todo vos. Por eso se enojó, por ansioso, por manija y por querer sacar ventaja”.

Aquí, no cabía posibilidad de que haya ventajeo. Germán no estaba tan jugado y sabía que en algún momento del fin de semana podía conseguir marihuana. Su último recurso fue Mauro, pero en un instante de ansiedad que no duró más de unos minutos, y sobre todo la misma se disipó apenas obtuvo respuestas de su tío. Quien la tenía más complicada era Mauro, ya que quería cocaína a toda costa, y para eso debía sortear varios obstáculos. Desde su perspectiva, los mismos parecieron borrarse, debido a que encontraba en Germán la solución a la cobertura de nafta y cocaína. Su ansiedad era mucho mayor a la de Germán, teniendo en cuenta que en menos de unos pocos minutos había hecho todo tipo de arreglos con el vendedor, cuando aquél ni siquiera le había confirmado algo. Solamente le dijo que él podía poner para la nafta, pero debía esperar a que le confirmara, ya que buscaba una línea más cercana.

### **“Vos siempre te tenés que ir cuando agarrás lo tuyo”**

Las distintas situaciones de ventajeo se van sumando una tras otra a las experiencias barriales en torno a los usos de drogas ilegalizadas. Las anécdotas con sus broncas no quedan estancas, recorren el barrio y van dejando huellas, van marcando al protagonista del relato como

“ventajero”. Porque dijimos que el ventajeo es una relación social, pero se presenta como atributo personal, y así se *etiqueta* (Becker, 2014) a quienes resulta más fácil hacerlo. El de “ventajero” es un cartel que le será difícil sacárselo a quien le sea aplicado con éxito, y mientras lo lleve colgado tendrá más dificultades para ser merecedor del don.

Así, además de aprender cómo ventajear o cómo actuar para no ser ventajado, los actores van trazando un mapa de relaciones a entablar intercambios de acuerdo a los prontuarios que se van reconstruyendo sobre cada uno, fin de semana tras fin de semana, lo que les permite tener apreciaciones previas a la hora de salir a la calle. Y más allá de que haya razones para desconfiar de alguien o sólo sean prejuicios que se sostienen en valoraciones hegemónicas sobre ciertos comportamientos, distinguir entre los que “se portan” y los “sogas” o “atrevidos”, hace que se fijen jerarquías que descansan en consensos momentáneos con respecto al trato que se le debe dar al que se “portó mal”. Entonces, el que se porta mal no será objeto de regalos, será apartado, al menos de forma momentánea, o le costará más ser destinatario de los regalos encantados. Transcribamos una escena más de nuestro diario de campo:

Es sábado a la noche, cerca de las 22 hs., abril de 2017. Nos encontramos en el paredón del fondo de Germán junto a Marcelo y Claudio. Marcelo le comenta al último que pegó dos bolsas para más tarde, así la comparte con él y Germán. Claudio contesta que él trajo faso, así pone eso. Entonces, Marcelo pide a Claudio que se arme uno, para pasar el rato. Mientras hablan, llega Mariano, quien saluda y se sienta en un escombros junto a nosotros. Pregunta si saben si sale merca y le contestan que no tienen idea, ya que esa noche no les interesa tomar cocaína. Marcelo le dice a Mariano, “¿y si sale la tirás a la cancha? Así tomamos todos los vagos, porque vos siempre salís sorteado”, quien responde, “no, yo me tengo que ir. Pego y me voy”. Claudio agrega, “sí, vos siempre te tenés que ir cuando agarrás lo tuyo. Cuando sabés que tienen los demás, te quedás. Y si tenés vos, te encerrás solo”. Marino se defiende, “no amigo, nada que ver. Estás re confundido vos. Cuando tengo yo comparto”. “Bueno, yo tengo faso. Comprá una birra vos”, dice Claudio. Mariano responde que sí, pide un envase a Marcelo y se dirige al almacén.

Mientras Mariano se encuentra ausente, Marcelo y Claudio acuerdan solamente prender un “faso” en presencia de del primero y esperar a que se vaya definitivamente para sacar la bolsa de cocaína. Al regreso de Mariano, toman la cerveza y fuman, pero ninguno habla de cocaína. Pasada una media hora desde que Mariano trajo la cerveza,

su hermano Agustín<sup>31</sup> viene a buscarlo. Saluda a todos y le dice que está llegando “el tío”. Entonces se van. Claudio comenta, “sí, el tío. La vieja”. Marcelo agrega, “la antigua. El otro pegó merca y vino a avisarle, ¿te pensás que va a venir a compartir?”.

Así, los considerados “sogas” son posicionados en lugares que conllevan desconfianza. Esto trae aparejado que no se los tenga en cuenta a la hora de compartir, de ejercer el don. Esperan a que se vayan y convidan a sus espaldas.

Pero decimos que la exclusión suele ser parcial y momentánea porque de todas formas el identificado como ventajero no es expulsado del grupo, ya que más allá de que se haya mandado alguna que otra “macana”, seguirá formando parte del universo que compone las relaciones de intercambio. Me tocó ver y entender que la convivencia en las calles y esquinas del barrio es cotidiana, ya que hay que tratar en los mismos lugares y con las mismas personas. Así, pude advertir que las relaciones se tensan pero no se cortan. Si bien los lazos se cargan de desconfianzas, las juntas integran el ventajeo como algo propio de sus relaciones. Con respecto a esto es interesante prestar atención a lo que dicen Marcelo, Sebastián y Germán:

“Yo no me meto con nadie. Me siento a fumar en la vereda de mi casa y si viene alguien a fumar conmigo, está todo bien. Yo sé quién es quién acá. Sé a quién darle plata y a quién no, pero no me meto con nadie. Acá hay de todo. Están los que se portan bien y los que bardean, y si no se meten conmigo yo también comparto con los atrevidos si no queda otra. Amigos no son, pero todo bien.”

“Siempre hay uno que te va a cagar, pero es así acá. Bueno, hay uno que bardea, lo castigan un tiempo sin pasarle la birra o el faso y después ya está. ¿Qué vas a hacer? si tenemos que estar todos juntos los fines de semana. ¿A dónde vas a ir? Los que están son estos, así que si bardeó, bueno, tenés que saber que el chabón es así y listo.”

“Y bueno, acá pasa que te sacan un faso, un pase, plata para la cerveza. En el momento te enojás y después te olvidás. Te da bronca y decís, ‘a este no le voy a pasar más cabida’ y al otro día lo tenés ahí, haya venido con vos, con otro o solo, está de nuevo fumando con vos. Así que ya está, te lo tenés que tomar de otra forma, no enojandote. De última, te sirve para saber quién es quién y listo, o para avivarte de

---

<sup>31</sup> Agustín (40) se encuentra separado y tiene un hijo de 16 años. Vive con sus padres y 4 de sus 7 hermanos. Trabajo en el taller mecánico de su hermano mayor.

cómo son las cosas, pero la gente va a seguir siendo la misma por más de que no te guste.”

Así como el don fortalece los lazos y conforma grupos más o menos estables, el ventajeo también motoriza las juntas. El ventajeo no es algo externo a los grupos y tampoco se cierran filas para mantenerlo a raya. Es constitutivo de las relaciones de la misma forma que el don, y esto puede ser por diversas razones. En primer lugar, porque no es un polo opuesto al don, sino que muchas veces se confunde con él y en la propia práctica son reproducidos casi indistintamente. En segundo lugar, al igual que el don, es parte del mapa de relaciones de los usuarios de drogas ilegalizadas, ya que así como se sabe quién dona y por lo tanto se calcula que ahí se puede conseguir drogas ilegalizadas, también se sabe que para los mismos fines el ventajeo es de utilidad cuando las donaciones no aparecen. Es un recurso más a tener en cuenta. En tercer lugar, al igual que el don, el ventajeo es motivo de charlas, anécdotas, historias, chistes, etc., que circulan en las juntas. Los grupos necesitan de qué hablar, y así como son resultado del don y del ventajeo, lo que se habla en gran medida hace referencia al don y al ventajeo. En cuarto lugar, más allá de las decisiones que puedan tomarse individual o grupalmente, las condiciones estructurales del barrio y en las que se encuentran los actores partícipes de los usos de drogas ilegalizadas, terminan por imponerse de tal forma que delimitan no sólo las posibilidades de elegir en dónde estar y qué hacer un fin de semana, sino también con quién estar y compartir momentos que duran horas.

Entonces, ni el ventajeo como práctica ni los ventajeros en tanto personificación de esa práctica son expulsados o apartados de las juntas definitivamente. Sólo se les hace saber de diversas maneras que no se portaron bien, a partir de la indiferencia parcial. Los actores comprenden bien en la situación en la cual se encuentran y saben que no depende tanto de ellos la conformación del grupo, sino que más bien es resultado de no tener plata y quedarse en el barrio; no tener colectivos para elegir pasar un sábado en otro lado; volver cansado del trabajo y no tener ganas de trasladarse hacia otro lugar; no poder por lo general hacer usos de las drogas ilegalizadas en la propia casa y tener que recurrir a las veredas y esquinas como lugar en dónde poder hacerlo, encontrando ahí tanto a los que comparten como a los que ventajean, o mejor dicho, insertándose en relaciones sociales que implican donar y ventajear como parte constitutiva de la grupalidad que es el sostén material y emocional de la rutina de los fines de semana, que para algunos actores barriales, necesariamente se desarrolla alrededor de usos de drogas ilegalizadas.

## Palabras finales

En primer lugar, vimos que los usuarios de drogas ilegalizadas no se relacionan en el aire, sino que se encuentran condicionados estructuralmente a la hora de realizar sus prácticas cotidianas. La ubicación del barrio, los controles policiales que se realizan alrededor del mismo, la falta de transportes públicos regulares a determinados horarios, las valoraciones vecinales sobre los usos de drogas ilegalizadas, los controles sociales por parte de familiares, la calidad de las drogas ilegalizadas, su escasez y abundancia, la falta de empleo, el sobreempleo, la precarización laboral, la ayuda social, la falta de opciones de recreación, tienen distintas influencias sobre los actores que van y vienen por el barrio durante las noches de viernes y sábados, en busca de donar y ventajear drogas ilegalizadas que les permitan pasar el rato, divertirse, enojarse, alegrarse, ponerse manijas, no dormir, irse a dormir al no conseguir nada, etc.

En segundo lugar, encontramos que las motivaciones que orientan a los actores barriales a donar, aceptar recibir y devolver se encuentran en la obligación de comportarse según parámetros socialmente establecidos. Requisitos para tener una “buena imagen” al interior del propio grupo y de otros con los que se mantienen relaciones ocasionales. Así, ser visto como alguien que se “porta” equivale a tener buenas relaciones y sobre todo contactos que facilitan el acceso a drogas ilegalizadas, sea compartiendo o “tirando línea” de algún “transa”. En este sentido, puede que a simple vista sólo se vea a alguien compartiendo con otro o recibiendo alguna droga ilegalizada, pero se trata de una de las múltiples instancias que son partes de una cadena que conforma un mercado moral o circuito de relaciones que lleva y trae drogas ilegalizadas. De ahí que los usuarios tengan interés en participar en el don, aunque en apariencia compartan de manera desinteresada.

En tercer lugar, propusimos que además de don también hay ventajeo en las relaciones sociales que giran en torno a los usos de drogas ilegalizadas al interior y exterior de las grupalidades. Así como se dona, se ventajea. Es decir, así como los actores barriales entran en lógicas de comportamiento y relaciones que requieren de prestaciones y contraprestaciones encantadas, materializadas en drogas ilegalizadas y acceso a las mismas, también hay ventajeos que implican poner a los demás en lugares difíciles de estar, siendo arrinconados para que “compartan”. Pero aunque el ventajeo tenga motivaciones diferentes a las del don, eso no quiere decir que sean polos opuestos. Fuimos viendo que en muchos casos don y ventajeo se confunden en las prácticas y relaciones. De todas formas, los ventajeos no

se producen sólo porque alguien quiera ventajear, sino que deben cumplirse determinadas condiciones que crean circunstancias favorables para que los ventajeos aparezcan. Sobre todo, tiene que haber poca plata y mucha “manija”. Además, los ventajeos son también subjetivos. O sea, no tiene que haberlos necesariamente para que en determinados momentos y lugares los actores barriales se sientan ventajeados, es decir, “perseguidos”. Pero, así como el don es parte constitutiva de las grupalidades en el barrio y posiciona a los actores al interior de las mismas, también el ventajeo cumple el mismo papel. Los ventajeos enojan, pero también divierten, dan que hablar. Sin ellos, sólo habría donaciones, que más allá de que éstas impliquen compromisos, aún así no podríamos dar cuenta del carácter conflictivo inherente a toda relación social, en este caso, aquellas que se conforman a partir de los usos de drogas ilegalizadas.

Ahora bien, de la etnografía, las entrevistas y la escritura del trabajo se desprendieron una variedad de dimensiones que permiten retomar la temática abordada desde distintos enfoques, abriendo preguntas para complejizar la problemática estudiada, o a partir de la misma, pensar otras que están en relación con los usos de drogas ilegalizadas. Así, nos resulta más que oportuno concluir la presente investigación con interrogantes que nos interesan en tanto puntos de partida provisorios para seguir reflexionando, no solo sobre las prácticas que giran en torno a los usos de drogas ilegalizadas, sino también sobre las condiciones estructurales que las posibilitan y se reproducen a partir de tales usos.

Para comenzar, resulta interesante preguntarse por el rol de las mujeres, tanto aquéllas que son pareja o familiares de los usuarios de drogas ilegalizadas como quienes también son usuarias. Con respecto a esto, una compañera del laboratorio (LESyC), quien en más de una ocasión concurre al barrio y se ha relacionado directamente con muchos de los protagonistas del presente trabajo, realizó una serie de observaciones de las que se derivaron las siguientes preguntas: ¿Qué tienen para decir las parejas o ex parejas de los usuarios de drogas ilegalizadas del barrio sobre los aspectos desarrollados a lo largo del trabajo, o de otros que no pudimos abordar o se nos escaparon? ¿Hay mujeres en el barrio que hagan usos de drogas ilegalizadas? Y si es así, ¿qué edades tienen? ¿Cómo las viven? ¿Lo hacen en espacios privados, públicos o ambos? ¿Qué implicancias conlleva para ellas hacerlo? Y si no lo hacen, ¿a qué puede deberse? ¿Funcionan las mismas lógicas de don y ventajeo, hay otras lógicas?

Por otro lado, así como consideramos que las prácticas llevadas a cabo por los actores barriales que hacen usos de drogas ilegalizadas tienen relación directa con las condiciones estructurales en que se encuentran, resulta importante preguntarnos acerca de otros

condicionamientos que funcionan como reguladores de los usos. Es decir, ¿qué actividades, compromisos y relaciones sociales son contrapeso de aquellas actividades, compromisos y relaciones sociales que facilitan los usos de drogas ilegalizadas? ¿A través de qué actividades, compromisos y relaciones los usuarios de drogas ilegalizadas regulan los usos de las mismas? Y en relación a las mujeres, ¿cumplen éstas el papel de agentes reguladores de los usos de drogas ilegalizadas por parte de los hombres?

Por otro lado, en más de una ocasión compartí con los usuarios de drogas ilegalizadas distintas experiencias que giran en torno a los usos que no se agotan en el acto concreto de lo que puede entenderse como “consumo”. Es decir, presencié acciones y conversaciones previas y posteriores a los usos de drogas ilegalizadas, y pensé en interrogantes que dejen abierta la posibilidad de entender que el “consumo” se extiende más allá de la ingesta. Algunas preguntas pueden ser las siguientes: ¿los usos de drogas ilegalizadas se limitan al acto concreto del “consumo”? ¿Puede decirse que antes y después del acto de “consumir” se están haciendo usos de drogas ilegalizadas? ¿Podemos distinguir, por un lado, consumo en sentido estricto como acción acotada al acto de consumir, y usos de drogas ilegalizadas, por el otro, en un sentido amplio de acciones que abarcan relaciones, diálogos y anécdotas en torno a tales usos?

En relación a lo anterior, a lo largo de la etnografía y de las entrevistas improvisadas comencé a notar que el alcohol se hacía presente en toda ocasión de usos de drogas ilegalizadas. La cerveza y el Fernet, en particular, formaron parte de las prácticas y relaciones estudiadas. A preguntar a los usuarios, por ejemplo, de qué drogas ilegalizadas hacen usos, en sus respuestas siempre era nombrado el alcohol como una droga más, al igual que la marihuana, la cocaína y la pasta base. A partir de notar que no hacían una distinción entre drogas ilegalizadas y el alcohol, me pregunté por la posibilidad de que en las percepciones y las prácticas de los actores barriales lo legalizado y lo ilegalizado no fuese una distinción que tengan en cuenta. Pero, ¿los usuarios de drogas ilegalizadas hacen distinciones entre las mismas y el alcohol, o hacen uso de drogas ilegalizadas y alcohol indistintamente? si las hacen, ¿cuáles serían? ¿A partir de qué consideraciones las harían?

Por último, otras cuestiones son las siguientes: ¿Qué relación hay entre el ventajeo que desarrollan los usuarios de drogas ilegalizadas y el ventajeo de la policía? ¿Hasta dónde los jóvenes reproducen prácticas de las que fueron objeto alguna vez? En más de una ocasión, durante la etnografía, muchos de los partícipes del trabajo me comentaron sobre los encuentros que mantienen con efectivos policiales tanto dentro del barrio como fuera del mismo, cuando se dirigen a comprar drogas ilegalizadas. Estas situaciones nos permiten

abordar los usos de drogas ilegalizadas en una dimensión de la problemática que tiene en cuenta la relación de los usuarios con actores institucionales, de ahí que nos preguntemos, ¿qué tipo de relaciones se establecen entre los usuarios de drogas ilegalizadas y agentes de las fuerzas de seguridad? ¿Qué se pone en juego en esas relaciones? ¿Cómo se comportan los actores institucionales? ¿Los usuarios de drogas ilegalizadas son pasivos en los encuentros con fuerzas policiales? si llevan a cabo algún tipo de resistencia, ¿cuáles son?

Todas estas son algunas de las preguntas pendientes que dejamos para futuras investigaciones. Pero nos parece que las respuestas que ensayamos para las cuestiones que nos propusimos explorar aquí constituyen un punto de partida para seguir explorando un mundo regado de prejuicios.

## **Anexos**

### **Glosario**

Bajón: en el caso de la marihuana, hace referencia al apetito que despierta la misma como uno de sus efectos. Pero en el caso de la cocaína, se trata de pasar las horas entre que se termina y viene el sueño. En esas horas hay que sobrellevar ansiedades, ganas de querer tomar más, depresiones debido a pensar en problemas personales o arrepentimiento por haber hecho uso de la misma.

Chanta: vendedor de drogas ilegalizadas. Se suele referir de esta forma a los vendedores debido a que en ocasiones confirman que tiene drogas ilegalizadas para vender o establece día u horario, pero al momento pactado no se hacen presente o ponen excusas.

Cocinar: refiere a una forma particular de hacer uso de cocaína. Par ello se requiere bicarbonato de sodio, cuchara, virulana, un pedazo de plástico y un poco de agua y una pipa casera, o en su defecto una lapicera vacía. En cuanto al procedimiento, se pone un poco de cocaína en la cuchara, luego se tira allí bicarbonato de sodio y algo de agua. Luego, con un encendedor se calienta la mezcla por debajo de la cuchara. Por último, se deposita la pasta que queda hecha luego de usar el encendedor en la pipa o lapicera, después se enciende la mezcla desde una punta, fumando desde la otra. Es importante que dentro de la pipa se encuentre la virulana y alrededor de la punta de la primera esté el plástico, ya que tanto la virulana como el plástico permiten no quemarse los labios.

Correo: hacer las compras. Es correo generalmente quien no tiene plata para pagar la droga legalizada que va a compartirse, de ahí que su aporte sea el de “hacer los mandados” para otros que le convidarán algo de lo comprado.

Curtir: hacer uso de drogas ilegalizadas. Pero además, implica hacer uso en determinado lugar, con personas particulares, escuchando tipos específicos de música, etc. Curtir es una forma de construir identidad a través de los usos de drogas ilegalizadas.

Línea: tener el contacto de algún vendedor de drogas ilegalizadas.

Mambo: por un lado es el efecto en sí de alguna droga ilegalizada, pero por otro, es además la forma subjetiva de percibirlo y resinificarlo de acuerdo a las preferencias o problemas personales de cada uno.

Manija: ansiedad por hacer uso de drogas ilegalizadas. Se trata de una situación en la que los usuarios se ponen “cargosos” o “pesados”, en el sentido de no poder disimular sus ganas.

Movida: forma de organizarse entre los pares de las grupalidades para comprar o conseguir drogas ilegalizadas.

Nevado: se define de esa forma al uso de cocaína cuando se la fuma en un cigarrillo de marihuana.

Nota: tener el contacto con algún vendedor de drogas ilegalizadas. Se le dice de esta forma debido a que puede comprarse “fa” (faso). En este caso, fa estaría asociado a la nota musical.

Pase: un de las tantas formas de inhalar cocaína. Se trata de cargar en la punta de alguna tarjeta, moneda o llave un poco de cocaína y llevarla de esa forma a la nariz.

Pegar: comprar cualquier tipo de droga ilegalizada.

Satrán: es una de las tantas formas de referirse a los vendedores de drogas ilegalizadas. “Satrán” es la forma invertida de la palabra “transa”.

Seca: forma de referirse al uso de cigarrillo de marihuana en proporciones pequeñas. Una seca sería una “pitada”.

Soga: forma de referirse a quienes se considera que se “trepan” de otros para poder hacer uso de drogas ilegalizadas sin hacer aportes en dinero.

Tiritos: se denomina de esta forma a la inhalación de cocaína, sea a través de “un pase” o “una raya”. Lo que importa a la definición es el ruido al momento de inhalar, ya que el mismo es seco y rápido.

Tuca: lo que queda del cigarrillo de marihuana. Se trata de un fragmento que por lo general es difícil de fumar debido a que cuesta prenderlo y no quemarse los labios. De todas formas, suele usarse una “tuquera” casera con cartón o papel, o una artesanal o comprada para poder fumar la tuca.

## **Fotografías**

A continuación serán expuestas una serie de fotografías que dan cuenta de algunos de los espacios físicos que suelen desplazarse, y sobre todo ocupar, el grupo de usuarios de drogas ilegalizadas con el que llevamos adelante el trabajo etnográfico. Las mismas pueden tenerse en cuenta de la siguiente forma:

Primer fotografía: esquina en la que se encuentra el almacén de enfrente de mi casa.

Segunda fotografía: esquina de la casa de Germán.

Tercer fotografía: Iglesia del barrio.

Cuarta fotografía: paredón de la casa de Germán, al lado de la casa de Marcelo.

Quinta fotografía: cuarto de Germán.

Sexta fotografía: patio delantero de la casa de Germán.













## Bibliografía

Becker (2014). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Siglo XXI Editores, Avellaneda.

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2014). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Siglo XXI Editores, Avellaneda.

Bourgois, P. (2010). *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Siglo XXI Editores, Avellaneda.

Bruzzone, D. (s/f). *Consumir sin que te consumas. Jóvenes y prácticas de consumo de pasta base en sectores populares*. 1° Primer Encuentro sobre Juventud. Medios de Comunicación e Industrias Culturales (JUMIC).

Castellón-Montenegro, H. y otros (2015). *Conocimientos, actitudes y prácticas del consumo de sustancias psicoactivas en estudiantes de Enfermería de una Universidad privada en Barranquilla 2010-2011*. En: Revista Respuestas, vol. 20, nro. 1, pp. 67-83.

Foucault, M. (2014). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores, Avellaneda.

Gobato, F. (2013). *Los giros del helicoide. Los avatares de la construcción dialéctica de un tema y un problema de investigación*. En: El helicoide de la investigación. Metodología en tesis de Ciencias Sociales. Aibar, J. y otros (Coordinadores). FLACSO, México.

Goffman, E. (2001). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu, Buenos Aires.

Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma, Bogotá.

Guzmán-Facundo, F. y otros (2011). *El consumo de drogas como una práctica cultural dentro de las pandillas*. En: Revista Latino-Am. Enfermagen, Monte Alegre, Brasil.

Marx, K. y Engels, F. (2017). *Manifiesto del Partido Comunista*. Ediciones Península, Barcelona.

Matza, D. (2014). *Delincuencia y deriva. Cómo y por qué algunos jóvenes llegan a quebrantar la ley*. Siglo XXI Editores, Avellaneda.

Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Katz Editores, Buenos Aires.

Morradi, A., Archenti, N. y Piovani, J. (2007). *Metodología de las Ciencias Sociales*. Emecé Editores, Buenos Aires.

- Nemiña, P. (2016). *Acción económica e incertidumbre. La sociología económica de Jens Beckert*.
- Pearson, G. y Twohing, J. (2014). *Etnografía a través del espejo*. En: *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Traficantes de Sueños, Madrid.
- Rodríguez Alzueta, E. (2016). *Consumo y delito. Si no hay futuro hay joda*. En: *Hacer Bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. Rodríguez Alzueta (Comp.). Malisia Editorial, La Plata.
- Vasilachis, I. (2009). *Los fundamentos ontológicos y epistemológicos de la investigación cualitativa*. Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research, Vol 10, No 2.
- Weber, M. (2011). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Weber, M. (2014). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Willis, P. (2014). *El significado cultural del uso de drogas*. En: *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Traficantes de Sueños, Madrid.